Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

A. Thorkent

Walkar bajo el terror





Existen cinco ascensores, viejos y toscos, que bajan a los obreros en grupos de cuarenta cuando en realidad no deberían entrar más de veinte. Me llevaron hasta una profundidad que calculo debería ser de unos quinientos metros. Allí no llega la luz del sol y nos entregaron cascos con lámparas y herramientas rudimentarias, así como muchos cubos enormes que debíamos llenar con una especie de limo que se extrae desde un nivel todavía más hundido en las entrañas de la tierra.

A. Thorkent

Walkar bajo el terror

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 3

ePub r1.1

Titivillus 04.09.2019

Título original: *Walkar bajo el terror*
A. Thorkent, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



WALKAR BAJO EL TERROR

A. THORKENT

1

Aquella noche había dormido muy mal.

Se despertó con dolor de cabeza y un humor pésimo.

Del desayuno que le fue servido en una bandeja sólo ingirió un poco de café negro y sin azúcar. Desechó lo demás, luego llamó a su asistente y le gritó destempladamente que le limpiase la mesa.

El soldado se apresuró a obedecerle.

El general Onofre encendió un cigarro y fumó dando profundas chupadas durante un rato. A veces miraba al otro lado de la ventana, maldiciendo la espesa niebla que le impedía ver más allá de unos pocos metros.

El cigarro no tiraba bien y se le había apagado varias veces. Lo aplastó sobre un cenicero, se quemó los dedos y volvió a soltar su sarta preferida de imprecaciones.

De uno de los cajones de su mesa sacó una botella de *brandy* y se echó una buena cantidad en un vaso. Bebió todo de un trago, chasqueó la lengua y decidió que debía enfrentarse con el problema que sin duda iba a enfurecerlo todavía más aquella condenada mañana.

Antes de tomar el informe semanal lo estuvo contemplando durante unos segundos. Suspiró roncamente y terminó echándole un vistazo a la primera página.

Desde el principio la serie de datos no podía ser más deprimente, pensó, después de comprobar las cifras.

Sonaron unos golpes en la puerta. Onofre reconoció la llamada y vociferó:

—Pase, comandante Martin.

Se abrió la puerta y entró una mujer entrada en años. Su uniforme, pensó el general, no estaba nada limpio aquella mañana. Todavía conservaba restos de suciedad. Enseguida recordó que Alena Martin había permanecido toda la noche en el Pozo y era

comprensible su desaliño, así como su aspecto cansado.

—¡Buenos días, general! —dijo la mujer con voz ronca. Sus ojos se desviaron hacia la botella de *brandy*, y Onofre, resignado, la invitó a tomar una copa.

La mujer se sirvió con rapidez. Después de beber un trago, dijo:

—Veo que ha estado leyendo el informe semanal.

—Así es. Y no puede ser más deprimente.

—Disponemos de poca mano de obra.

—Lo sé, pero los trabajos marchan a ritmo demasiado lento. Y empeora cada día que pasa.

—Le traigo buenas noticias, señor —sonrió ella.

Onofre la estudió con desconfianza.

A veces le preocupaban las supuestas buenas noticias que le traía la comandante.

—¿Qué pasó anoche?

—Oh, no me refiero a nada que haya ocurrido en el Pozo. Cuando venía hacia aquí me entregaron un mensaje de la torre del astropuerto.

—¿Qué le ocurre a nuestra nave? —preguntó Onofre con voz estrangulada.

¿Acaso se había equivocado Alena y la noticia no era buena sino todo lo contrario?

Aquella mujer le preocupaba porque temía que su cabeza no funcionaba todo lo bien que debiera desde hacía algún tiempo.

—¿He dicho algo acerca de nuestro crucero?

—No…

—No se han parado los trabajos para intentar ponerlo en funcionamiento lo antes posible, señor —sonrió otra vez la mujer—. Estoy segura de que antes de unas pocas semanas ese condenado fallo en el sistema de impulsión estará localizado y…

—Comandante, haga el favor de contarme de una vez qué le dijeron en la torre.

—Ah, sí. Discúlpeme, señor. —Alena sacó un papel de un bolsillo de su guerrera, que extendió cuidadosamente sobre la mesa y delante del general—. Mire, señor.

Onofre leyó el papel.

—¡No puedo creerlo! —exclamó.

—Pues lo es, señor —rió Aleña—. Nuestros problemas pueden

solucionarse en pocos días.

El general agarró el papel y volvió a leer lo que tenía escrito.

—Un carguero —musitó.

—Eso es. Un carguero en el cual viajan cientos de hombres y mujeres. Tal vez sean miles.

Onofre empezó a sonreír por primera vez desde hacía mucho tiempo. Estaba tan contento que ni siquiera pestañeó cuando la comandante volvió a hacer uso de la botella de *brandy*, tan apreciada por Onofre, y se sirvió ahora una dosis aún mayor que la primera.

—¿Cuándo llegará? —preguntó el general.

—Mañana, señor. El carguero se llama «Guardiana» y procede de Beta-Cástor. Su comandante interino es el doctor Sam Buster.

—¿Interino? ¿Qué le ha pasado al que suple?

—Lo ignoro.

—Bueno, es un detalle que no importa. Al parecer no sospechan nada cuando han advertido su acercamiento —sonrió todavía más.

Una nueva remesa de colonos no podía ser más apreciada en las actuales circunstancias.

—¿Qué medidas adoptaremos, señor?

—¿Medidas? Ah, sí. Las previstas para estos casos, comandante. Hable hoy mismo con el capitán Stewar y que él lo prepare todo para recibir a los esforzados colonos, que los deje descansar uno o dos días.

Alena torció el gesto.

—Señor, me temo que los alojamientos no están en buenas condiciones. Demasiada suciedad acumulada, diría yo.

—Entonces será preciso que se acondicionen un poco. Que Stewar saque a unos pocos hombres del Pozo y los haga trabajar sin cesar.

—Eso significará que los trabajos volverán a retrasarse.

—Recuperaremos el tiempo perdido cuando sean incorporadas nuevas brigadas compuestas por los recién llegados.

—Es cierto.

—¿Qué tal es ese carguero? Ya sabe a qué me refiero… Podríamos usarlo como fuente de suministro para acelerar la reparación de nuestro crucero.

—Es como todos los que está usando la Superioridad para el

traslado de colonos. Viejo y en mal estado, claro.

—De todas formas esperaremos a inspeccionarlo. Por suerte para nosotros, comandante, la Superioridad no ha abandonado sus disparatados planes de colonización urgente. La verdad es que ya no contaba con recibir en Walkar más remesas de colonos.

—Confieso que yo tampoco lo esperaba, señor.

Onofre se apresuró a guardar su botella de *brandy*, ante la mirada pesarosa de la comandante, que se limitó a llevarse el vaso a los labios y a apurar las últimas gotas.

—Ahora cuénteme qué se hizo anoche en el Pozo.

Cuando la mujer empezó a restregarse las manos, Onofre pensó inmediatamente que algo había pasado allí que cuando lo supiera no iba a gustarle.

—Vamos, dígame lo que sea —apremió a la comandante.

—Hubo una fuga, señor.

—¿Cómo es posible?

—Ha sido el cabecilla de los descontentos, sorprendió y golpeó a un guardián y, antes de que sonase la alarma, aprovechó para saltar la valla y perderse en la oscuridad. Cuando se envió una patrulla tras sus huellas ya era tarde. Los hombres regresaron al poco rato, asegurando que se había ocultado en los bosques.

—Debimos arreglar el asunto de Dan Skoffel hace tiempo —gruñó el general—. Matarlo. Eso es lo que debimos haber hecho con él. ¡Matarlo!

—Pero usted mismo dijo que su muerte soliviantaría aún más a sus compañeros…

Onofre fulminó a Alena con la mirada.

—Su memoria falla, comandante. Jamás he dicho nada semejante.

—Pero…

—Cállese. Cuénteme que más ha pasado. ¿Cómo se manifestaron los demás trabajadores tras la fuga de Skoffel?

—Aplaudieron al principio, hasta que se emplearon contra ellos los medios de costumbre para hacerles volver al trabajo.

—Tendremos que rastrear los límites del bosque —dijo Onofre.

—Sería peligroso —respondió la mujer meneando la cabeza—. Los soldados no quieren arriesgarse a entrar allí…

—Pues tendrán que hacerlo. Usaremos los deslizadores para

bombardear un amplio sector.

—¿Cuándo?

—No por el momento. Más adelante. Skoffel no habrá penetrado mucho en esa selva de mierda, no. Sabe lo que le espera si lo hace. Estará al acecho, y cuando más confiado se encuentre enviaremos sobre él los deslizadores, pero después de que nos hayamos ocupado de los colonos.

—Me parece muy razonable, señor.

El general cruzó los dedos y entornó los ojos. Alena Martin le repugnaba. Arrugó la nariz. Ella seguía oliendo tan mal como siempre. Se preguntó cómo podían soportarla las chicas que la comandante se llevaba a la cama después de drogarías. A veces la había reprendido severamente por disminuir el número de trabajadores en el Pozo, pero sabía que Alena continuaba desobedeciéndole y pocas noches se conformaba con dormir sola en su pestilente lecho. Claro que a la mañana siguiente hacía que la pobre mujer, la elegida de sus deseos lésbicos, fuera devuelta a la zona Emedos, imaginándose que él lo ignoraba.

Pero no tenía otra alternativa que soportarla. Pese a sus facultades que menguaban lentamente, era una buena oficial, sobre todo teniendo en cuenta que disponía de poca gente de absoluta confianza. Alena Martin podía ser calificada de muchas cosas, tachada de borracha, drogadicta y lesbiana, pero jamás de infiel a su general.

Al menos debía lavarse más a menudo, pensó el general. Dijo a Martin que podía retirarse y se relajó cuando ella se hubo marchado. Entonces abrió la ventana para que se renovase el aire de la habitación.

Al poco rato, Onofre salió del cuarto, anduvo por el pasillo, respondió al saludo del soldado que montaba guardia en la puerta del pequeño edificio y se dirigió hacia el cobertizo donde se alojaban los demás oficiales.

La niebla seguía sin disiparse. Hacía frío y se estremeció ligeramente cuando se aproximó a la puerta.

No llegó a entrar en el cobertizo. La puerta fue abierta desde dentro y apareció un capitán que se terminaba de abrochar el cinturón del que pendía una enorme pistola láser.

—Señor… —se disculpó el oficial al levantar la vista y descubrir

la presencia del general—. Disculpe, señor.

—Venía a buscarlo, capitán Stewar. ¿Le ha dicho la comandante lo de la llegada del carguero?

—Sí, señor. Precisamente iba a verle. ¿Es cierto que debo ocuparme de que los alojamientos sean adecentados?

—Así es.

—No sé si podré hacerlo con poca ayuda en tan escaso tiempo.

—Inténtelo. Los colonos deberán hallarlo todo muy normal. Estarán cansados después de tantos días de viaje en una nave grande e incómoda como debe serlo la «Guardiana». No creo que se den mucha cuenta de dónde dormirán la primera noche. No es preciso una limpieza a fondo, pero es aconsejable que su primera comida en Walkar sea copiosa y sana, ya me entiende.

El capitán asintió con la cabeza. Su gesto preocupado hizo que el general arrugase el ceño. Stewar le preocupaba. A menudo no sabía qué pensar respecto a este hombre taciturno que parecía cumplir sus órdenes con poco entusiasmo.

—¿Algún problema? —preguntó Onofre.

—Ninguno, señor. ¿Cuándo serán enviados los colonos al Pozo?

—No más tarde de tres días después de su llegada.

—Harán preguntas y se mostrarán inquietos si no los dejamos salir del perímetro de los alojamientos…

Onofre le atajó:

—Se buscará una excusa. Una cuarentena, por ejemplo.

Stewar se extrañó:

—¿Una cuarentena de tres días?

—Al principio, sí. A partir de entonces iremos sacando los hombres y mujeres que nos interesen para formar las brigadas de trabajo. Tenemos que triplicar el esfuerzo en el Pozo.

—Vamos a necesitar a todos los guardias para controlarles.

—Se suspenderán los descansos.

—Ellos también están cansados, señor. Realmente cansados.

—Se les gratificará. Ya buscaremos la manera de que se sientan contentos. Por ejemplo, podemos entregarles las chicas más jóvenes que vengan en ese transporte, las que ellos elijan. Además, el esfuerzo sólo será necesario durante la primera semana, a lo sumo, hasta que todos comprendan que la cosa va en serio y que les va la vida en el juego si deciden vulnerar las reglas que rigen en Emedos,

en todo Walkar.

El capitán hizo un comentario:

—Su mundo de promisión, señor.

Onofre no captó la ironía en las palabras de Stewar. Creyó que era una burla dirigida a los colonos, la aceptó así y estalló en carcajadas. Aquella mañana había batido dos récords. Se había reído y soltado una risa prolongada como desde hacía mucho tiempo no lo había hecho.

2

—La balización computada es correcta —dijo, eufórico, Max Zapra al grupo de personas que asistían en el puente de mando a la aproximación de la «Guardiana» a la masa continental.

Jack Ulang sintió su brazo oprimido por las manos nerviosas de Olga. Se volvió un poco y le sonrió cálidamente. Le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra su pecho.

El comandante de la nave y también médico oficial a bordo, Sam Buster, dejó escapar un suspiro. Aunque su cargo era simbólico, para él la llegada a Walkar suponía el fin de una preocupación constante. En realidad, poco o nada había hecho desde que tuvo que ocupar el puesto de comandante. Había buenos técnicos y los antiguos oficiales, el capitán Ulang y el teniente Daniel Crabbe, se encargaron de que el viaje por el hiperespacio acabase de forma exitosa.

Zapra se apartó del panel central y sonrió ampliamente. Incluso miró con simpatía a Ulang. Se sonrojó un poco recordando que al principio del viaje había tenido algunas diferencias con el excapitán del Ejército Expedicionario de Asalto de la Superioridad, ahora totalmente zanjadas e incluso olvidadas.

—¿Todas las respuestas del planeta han sido satisfactorias, Zapra? —preguntó Daniel Crabbe.

Como era casi normal en el teniente, su ceño seguía fruncido ostensiblemente.

—Sí, claro. ¿Por qué lo pregunta?

Crabbe tomó una lámina de metal de un archivo y la hizo vibrar.

—Me preocupa quien ha firmado el permiso de descenso.

—¿Te refieres al llamado general Onofre? —preguntó Ulang.

—Sí.

—¿Lo conoces?

—No personalmente, pero hace mucho tiempo oí hablar de un

personaje llamado Onofre. Kurt Onofre era su nombre completo.

—¿Qué tiene de particular? —insistió Jack.

Crabbe se encogió de hombros.

—Olvídalo. No lo recuerdo bien.

En aquel momento llegó un poco renqueante un hombre ya mayor al que todos recibieron con alborozo, excepto Sam Buster que le recriminó su actitud.

—Viejo testarudo —gruñó Sam—, no has debido abandonar tu camarote; aún no estás curado totalmente.

—Bah, paparruchas —rió el anciano. El doctor Harding devolvió a su colega el guiño de complicidad y añadió—: Tú solo eres un matasanos que apenas sabe cómo dirigir una nave como ésta. Menos mal que tiré a la basura tus potingues. Me encuentro perfectamente.

Olga se inclinó sobre él y lo besó en las mejillas.

—Sin embargo. Usted debería estar tranquilo durante las próximas horas, señor —dijo la chica—. ¿Quiere que le acompañe de vuelta a la cama?

—No, maldición —negó tercamente Harding con secos movimientos de cabeza—. Yo quiero estar aquí, ver lo antes posible este mundo. ¿Sabéis? Estoy hasta las narices de esta sucia nave.

—Esto puedo comprenderlo, doctor —rió Ulang—. Todos empezamos a sentir un poco de claustrofobia después de tanto tiempo.

Zapra señaló los asientos situados detrás del grupo.

—Debemos prepararnos —dijo—. Ya he enviado los avisos a todos los niveles para que los pasajeros se encierren en sus respectivos camarotes. Nosotros debemos sentarnos y esperar.

Se apartaron del borde de la terraza y se acomodaron en los sillones, y desde allí siguieron contemplando a través de la gran pantalla de televisión la aproximación de la superficie del planeta.

Pronto dejaron atrás las capas de nubes más bajas y quedó localizada la zona llamada Emedos por los pobladores del planeta. Se trataba de una serie de instalaciones y una gran extensión de terreno liso.

Alguien atrajo la atención de todos señalando un punto de la pantalla y explicando:

—Es una nave de guerra, creo que un crucero.

Un técnico manipuló en el enfoque de la pantalla y aumentó el volumen del sector donde aseguraba haber visto el vehículo estelar.

—En efecto, se trata de un crucero —admitió Daniel Crabbe—. ¿Qué hace en Walkar una nave de guerra de la Superioridad?

Olga soltó una risa nerviosa y agregó:

—Para mí es un síntoma de tranquilidad, ¿no os parece?

Antes de que la «Guardiana» virase unos pocos grados pudieron apreciar que el crucero estaba rodeado de andamiajes. La visión fue fugaz, quedando desplazada inmediatamente.

—Las balizas nos indican que debemos descender a poca distancia del crucero —dijo Zapra, después de recibir los datos del navegador encargado de las maniobras.

—¿Cuántos colonos habrá ya en Walkar, señor Buster? —preguntó Olga al comandante interino.

—Lo ignoro —respondió el doctor—. Cuando partimos no se nos entregó nada, ninguna clase de información acerca de este planeta, excepto que era perfectamente apto para los humanos. Se suponía entonces que ya había establecida una colonia, aunque poco numerosa. Hemos visto núcleos urbanos, aunque pequeños, a poca distancia de la explanada que nos servirá de campo de asentamiento.

—Lo importante es que pese a todo hemos llegado —dijo Jack con voz ronca—. Ahora nos espera una vida apacible, lejos del maldito gobierno de la Superioridad.

—¿Lejos? —Se mofó Daniel—. No soy tan optimista como tú, amigo. ¿Y esa nave de guerra?

—¿Por qué preocuparnos de ella? —Protestó Harding—. Seguramente estará ahí porque ha debido hacer un descenso forzoso. Parece que la estén reparando…

—Ojalá se marche pronto —dijo Jack.

Daniel estuvo de acuerdo con él, asintiendo con la cabeza.

—Está oscureciendo abajo —susurró Olga, muy cerca de Jack.

—¿Eh?

—Quiero decir que está anocheciendo en donde vamos a descender.

—¿Qué importa eso?

—No lo sé —sonrió ella—. Es que me había imaginado nuestro descenso a pleno sol.

—¿Y la gente acercándose corriendo a nuestro encuentro para darnos la bienvenida? —se burló Ulang.

—No te rías de mí.

—No lo hago, cariño. Seguro que mañana el sol de Walkar nos parecerá el mejor del Universo.

—Eso espero.

Minutos después los técnicos del puente consiguieron culminar el descenso.

En el puente de mando hubo felicitaciones para todos, se las repartieron mutuamente, se rieron, gastaron bromas y alguien preguntó, impaciente, si debía comunicar al pasaje que podían salir de sus camarotes.

—Todavía no —dijo casi gritando Max Zapra—. Podrán esperar un poco más. —Se dirigió al técnico que había hecho la sugerencia —. Diles por el comunicador que vayan preparando sus pertenencias y que tengan un poco de paciencia, que todo está bien.

Buster se arregló el traje y dijo exagerando teatralmente los gestos:

—Como comandante debo bajar a presentar mis respetos al… Por cierto, ¿quién estará al mando de la colonia?

—Lo llamarán alcalde o administrador —rió Olga. Le arregló una arruga al comandante y añadió—: Está perfecto, señor. El uniforme le sienta muy bien.

—Propongo que bajemos todos nosotros —dijo Harding.

Buster frunció el ceño. Iba a decirle a su viejo colega que él debía permanecer dentro de la nave por el momento, pero al advertir la firmeza con que actuaba el viejo se limitó a encogerse de hombros.

El grupo se desplazó hasta el nivel inferior de la nave a través del pasillo vertical. Mientras descendían en medio de la ingravidez, Olga comentó temerosa:

—Este medio de descenso no me inspira ninguna confianza.

Jack Ulang la agarró bien por la cintura. Miró con aprensión las paredes viejas y casi oxidadas del tubo. A veces, cuando usaba aquel medio de bajada, notaba que la presión a su alrededor fallaba excesivamente, y se preguntaba qué pasaría el día que la energía no hiciera funcionar el sistema.

Pero llegaron sin ningún contratiempo al nivel donde estaba

situada la esclusa de salida principal. Zapra la abrió y todos se arrimaron al borde de la rampa para mirar el exterior.

El aire era ligeramente frío. Hacía un poco de viento que agitó la cabellera de Olga. Al pie de la rampa recién bajada vieron un grupo de hombres que se dirigía hacia ellos. Detrás, las luces de las parcas instalaciones del astropuerto les permitían observar, confusamente nada más, la silueta enorme y tenebrosa de la nave de guerra rodeada de andamiajes, muy lejos y casi fuera del perímetro acotado con las balizas.

Desde abajo les llegó una voz que les gritaba:

—¡Bien venidos a Walkar!

Olga sonrió y quiso bajar la primera, pero Jack la contuvo con una sonrisa, diciendo:

—Espera. No prives a Buster de su privilegio.

Despacio, el doctor Sam Buster descendió por la rampa. Le siguieron los demás.

Del comité de bienvenida se destacó un hombre.

Al principio los recién llegados vacilaron un poco al ver que vestía uniforme del Ejército Expedicionario de Asalto de la Superioridad. Era un capitán. Los que estaban detrás de él eran soldados.

—Soy el comandante Buster —se presentó el doctor tendiendo su mano derecha al capitán.

—Capitán Stewar a su servicio, señor. Me envía el general Kurt Onofre. —Se volvió para señalar unos vehículos que hasta entonces los hombres de la «Guardiana» no habían visto—. Estoy encargado para conducirlos esta misma noche a los alojamientos.

—¿Cuánto falta para el amanecer, capitán?

—Ocho horas, señor. ¿Por qué lo pregunta?

Buster se humedeció los labios antes de responder:

—Pienso que sería mejor efectuar el desembarco con la luz del día.

El capitán negó vigorosamente con la cabeza.

—Tengo instrucciones muy concretas del general, señor. Debemos hacerlo ahora mismo.

—¿Es que la colonia está bajo la autoridad de un militar? —preguntó Jack.

Stewar lo miró un instante, pero cuando respondió lo hizo

dirigiéndose al comandante.

—Mañana a primera hora recibirán la visita de un equipo médico que efectuará una revisión rutinaria. Por cierto, ¿puede entregarme la documentación?

Buster esperaba aquella petición y sacó de un bolsillo un libro pequeño.

Se lo tendió a Stewar.

—Ahí está toda la relación, codificada y puesta en regla.

—¿Cuántos colonos hay a bordo? —Preguntó el capitán ojeando someramente algunas páginas—. ¿Muchos tripulantes?

—La tripulación asciende a cien hombres. Los colonos son mil ochocientos. Desgraciadamente tuvimos algunas bajas durante el viaje.

Buster esperaba que el capitán le preguntase a qué se debieron las muertes ocurridas a bordo, pero se equivocó.

Stewar se guardó el libro y dijo:

—Envíe a alguien arriba para que avise a todos que deben bajar disciplinadamente. Sin sus equipajes, por supuesto. Todo será enviado mañana a sus alojamientos por mis hombres. Por lo tanto, cada valija deberá quedar clasificada.

—Todavía no me ha dicho por qué esta colonia la manda un general —insistió Jack—. ¿Qué le pasa al crucero de combate?

Sin poder ocultar su irritación, el capitán fijó sus ojos en Ulang y respondió:

—La Superioridad nos envió aquí para recibirles.

—¿Por qué?

—Existió un conato de epidemia que ya está totalmente dominada.

—Su nave parece sufrir averías, ¿no es cierto?

—Aprovechamos nuestra forzosa pero corta estancia en Emedos para efectuar algunas reparaciones sin importancia. Confiamos en poder marcharnos dentro de una semana. De veras que lo estamos deseando.

—¿Dónde está el personal civil, el jefe de todo esto?

—Hace usted demasiadas preguntas —replicó el capitán con evidente malhumor.

Buster intervino conciliador:

—Disculpe a mi ayudante, capitán; pero yo también deseo hacer

varias preguntas a su general. ¿Por qué no ha venido?

—Mañana irá a visitarles a sus alojamientos, así como el alcalde de la colonia. A él podrán hacerle todas las preguntas que deseen, y también a mi jefe. Ahora les ruego que no pierdan más tiempo. Avisen a los suyos. Mis hombres esperan en los vehículos para conducirles a sus alojamientos. Supongo que estarán deseando dormir esta noche.

—Un poco, sí —admitió Buster de mala gana.

Mientras el capitán se retiraba un par de pasos para dialogar con los soldados, Buster pidió a Daniel Crabbe que se ocupara de disponer el desembarco.

Antes de irse, Crabbe masculló:

—Esto no me gusta nada.

Un poco apartado del grupo y silencioso, Max Zapra pensó que él sentía una extraña sensación y por primera vez estaba de acuerdo con el exteniente Daniel Crabbe.

Antes de que volviera con ellos el capitán Stewar, Jack susurró:

—Algo extraño flota en el ambiente de Walkar.

3

Zapra se sintió zarandeado. Su primera reacción fue buscar la pistola de la que nunca se separaba, pero enseguida recordó que el capitán Stewar no le había permitido entrar con ella en los alojamientos.

Fue una requisa que le sentó muy mal, pero tuvo que callarse sus protestas.

—¿Es usted, Ulang? —preguntó después de restregarse los ojos y habituarlos a la escasa luz que penetraba por las pequeñas ventanas del barracón.

Jack se llevó un dedo a los labios y le pidió que no alzara la voz.

—Venga —pidió el antiguo capitán del

EEA

.

Se apartó de la cama y anduvo por el pasillo hasta llegar junto a la puerta, donde se detuvo para esperar que Zapra se reuniera con él.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Max.

—Salga conmigo. Le hablaré fuera. He descubierto algo muy importante.

—¿Por qué no se lo confía a Crabbe? ¿No es su amigo?

—Está en otro barracón, muy lejos. Quiero que vea algo.

Ulang abrió la puerta con mucho cuidado para que no chirriaran las bisagras.

Fuera hacía frío y Zapra lamentó no haber cogido su abrigo. Las luces de los postes situados a intervalos a lo largo de la valla metálica no llegaban hasta allí.

—¿Qué quiere mostrarme?

—¿No se percata de algo extraño?

—Excepto que pronto amanecerá, no. ¿Por qué no esperó un poco para contarme sus tonterías?

Ulang lo agarró por un brazo y le hizo mirar por la esquina del barracón. Señaló la salida del recinto.

Zapra miró hacia allí.

Varias figuras se movían bajo el círculo de luz que arrojaba la lámpara situada en lo alto de una torreta.

—Maldita sea, Zapra, ¿es qué no descubre algo distinto a cuando llegamos?

—No, dígamelo y déjeme volver a la cama.

—Soldados. Hay soldados por todas partes. Cinco o seis en la puerta, un par de ellos en cada torreta, y alrededor del perímetro vigilan patrullas montadas en vehículos artillados. Esto no es normal.

Max se estremeció y no supo si atribuirlo al frío reinante o a un súbito miedo que Ulang, con sus palabras, le había metido en el cuerpo.

Retrocedieron hasta la puerta y desde allí, ocultos en las sombras, vieron como al otro lado de la valla se deslizaba un vehículo cuyos faros enfocaban al interior.

—No había nada de esto cuando nos trajeron —murmuró Ulang —. ¿Por qué de pronto nos han rodeado de tropas?

—¿La cuarentena?

—No diga bobadas.

—Por todos los dioses, Ulang, ¿qué piensa usted…? Está desvariando. Es cierto que ahora hay soldados, pero no podemos basarnos en esta situación para hacer conjeturas disparatadas.

—Entonces corra y llegue al último barracón. Allí está Crabbe. Dígale que venga para acá.

Zapra abrió la boca, miró a Ulang a los ojos.

—¿Qué teme?

—Que una ráfaga de láser acabe con su vida, estúpido.

Zapra se zafó de la mano de Ulang, que seguía aprisionándole el brazo, y empujó la puerta.

Jack no le siguió. Desde fuera se limitó a reprocharle:

—Mañana lamentará no haberme hecho caso.

Max retrocedió unos pasos, acercó su rostro a la cara de Ulang y le espetó:

—Dé lo único que me haré reproches será de no haberle dado un puñetazo. ¡Déjeme en paz! Oh, usted fue de ellos, excapitán Ulang.

¿Por qué no se lo dijo al oficial Stewar?

—Me vuelvo a mi barracón.

—¿No teme que lo derriben de un disparo? —preguntó con mordacidad Max.

—Es el próximo y en medio todo está demasiado oscuro.

Ulang le dio la espalda y se deslizó en las sombras. Zapra dejó de verlo enseguida y retornó a su cama con el ceño fruncido.

No volvió a conciliar el suelo.

Las respiraciones de las docenas de personas que compartían el barracón le parecieron ruidos demasiado ensordecedores.

Suspiró y permaneció un buen rato mirando el techo. Pensó que aquellas instalaciones no eran muy buenas, pero llegaron al recinto bien entrada la noche. La gente se comportó torpemente en el momento de evacuar la «Guardiana», hubo demasiada indisciplina.

Sin embargo, tenía que reconocer que todo aquello no estaba muy limpio, aunque eran perfectamente visibles las indicaciones de haberse llevado allí una limpieza muy apresurada.

El sol de Walkar surgió poco después, un destello rojizo que hizo parpadear a Zapra. Inmediatamente sonó una sirena lastimera y la gente empezó a incorporarse despacio, con pesar, como si le pareciera escaso el descanso obtenido de su primera noche en el planeta.

Zapra ya estaba vestido cuando la puerta se abrió violentamente y entró un sargento blandiendo una fusta larga y cimbreante como una serpiente dispuesta al ataque. Detrás de él había una pareja de soldados armados con largos rifles láser con bayonetas de metal rojo caladas en el borde de sus gruesos cañones.

—¡Todo el mundo arriba! Tienen cinco minutos para estar dispuestos.

Alguien pretendió hacer un chiste acerca de que no había firmado un compromiso con el ejército de la Superioridad y mandó al infierno al sargento.

El suboficial lo escuchó y caminó hacia el bromista. Estaba muy cerca de él.

El chico todavía sonreía cuando la fusta le cruzó la cara.

El golpe había sonado seco en el barracón, pero fue como un toque de atención para todos.

Hombres y mujeres quedaron paralizados.

Casi ninguno comprendió lo que ocurría, excepto Zapra que se dijo que si Ulang estuviera allí en estos momentos no dudaría en escupirle a la cara.

Sus anfitriones se habían despojado de sus máscaras, no por cierto muy amables, y les mostraban todo el horror que les aguardaba en la zona Emedos de Walkar.

—¡Fuera! —vociferó el sargento sin cesar de blandir su fusta en forma amenazadora.

Los colonos, entre los que se hallaban algunos tripulantes, fueron saliendo en silencio, encogidos, mirando con recelo a los soldados.

En el exterior había tropas por todas partes, conduciendo grupos de personas, casi a paso militar, en dirección a la explanada que se abría hacia poniente, donde acababan los barracones.

Zapra descubrió enseguida a Ulang y enrojeció.

Jack mantenía a Olga agarrada de una mano. También le había visto. Pero no hizo ningún gesto de desdén. Estaba demasiado serio y preocupado por lo que acontecía. Al parecer sus sospechas no le habían servido de nada. Era un prisionero más, como los otros, como todos.

A golpes y bajo la amenaza de sus armas y látigos, los soldados separaron a los hombres de las mujeres. Los pocos niños fueron apartados y puestos al cuidado de las personas mayores.

Olga había intentado resistirse a alejarse de Jack, pero éste le sonrió y, antes de que se les acercara un soldado con gesto agrio, dijo:

—No compliques por ahora las cosas, cariño.

La besó y apartó de él con suavidad.

Olga se apresuró a unirse al grupo de mujeres, antes de que un guardián la emprendiera a golpes con ella.

Ulang intentó ver a Sam Buster o al doctor Harding. Pero en la explanada, pese a los intentos de los soldados, la confusión estaba dando paso a la sorpresa. La gente se resistía a ser manejada y empezaban las protestas.

Apareció un vehículo blindado. Se detuvo a pocos metros de los colonos y un oficial se subió a él, colocándose al lado del soldado que manejaba un cañón láser.

Era una mujer y Ulang llegó a identificar su grado, una

comandante. Era vieja y fea, pero también de aspecto cruel. Tomó un megáfono y dijo:

—Les hablo en nombre del general Kurt Onofre. Soy la comandante Martin y la responsable de ustedes.

—¿Dónde está nuestro jefe, el doctor Buster? —gritó una voz.

—El comandante de la «Guardiana» se encuentra en estos momentos desayunando con el general.

Ulang se mordió los labios.

Entre los colonos se extendió un oleaje de murmullos, que la comandante acalló impartiendo órdenes a través del megáfono.

—Ustedes han sido destinados a Walkar como colonos, pero la Superioridad, mientras su nave viajaba hasta aquí, nos ha dado nuevas instrucciones. Tendrán que trabajar duro durante algún tiempo para ganarse el derecho a poseer tierras y libertad en este planeta.

—¡No somos prisioneros y nos están tratando como a tales! —gritó alguien situado en un grupo apartado al que pertenecía Jack.

Inmediatamente, a un gesto de Alena Martin, varios soldados corrieron y localizaron con rapidez al que había protestado, sacándolo del pelotón a rastras.

—Todavía no se han dado cuenta de su situación —sonrió Martin—. Piensan que siguen siendo ciudadanos de la Superioridad y poseen ciertos derechos. Están equivocados. Aquí no son nadie; son basura y mierda.

Arreciaron las protestas y las filas de soldados adelantaron sus armas. Pero la masa de colonos inició un avance. Martin bajó una mano y los soldados que sujetaban al que alegó que no eran prisioneros lo arrojaron al suelo. Todavía el infeliz no había caído cuando le dispararon varias descargas de láser.

Quedó sobre el polvo cubierto de heridas mortales.

Aquella ejecución, un asesinato para las mentes de todos, produjo un silencio glacial y el conato de insubordinación quedó abortado.

—Ahora ya saben que hablo en serio —dijo Alena Martin—. Cualquiera que discuta mi autoridad, las órdenes del general, sufrirá el mismo fin…, si tiene suerte. Puede morir de peor manera. Quien sea curioso sólo tiene que comportarse como un loco para saber a qué me refiero.

»No todo será tan malo. Dependerá de ustedes. En Walkar hay que llevar a cabo un trabajo para la Superioridad y ustedes, junto con los colonos que llegaron antes, están obligados a cumplirlo.

»De ninguna manera deben temer que se trata de una labor ilógica y estúpida. Nada de eso. Cuando se acabe nosotros nos marcharemos y se habrán ganado ustedes el derecho a autogobernarse.

Ulang alzó una mano. Su actitud fue rápidamente descubierta por la comandante, y al mismo tiempo varios soldados se aproximaron a él.

—¿Qué desea usted? —le preguntó Martin.

—Permiso para hablar, señora.

La comandante sonrió de oreja a oreja, mostrando una dentadura fea y estropeada.

—Lo tiene. Hable.

—¿Podemos saber de qué se trata ese trabajo?

—Oh, todos los que vayan al Pozo lo sabrán. No sea impaciente. Usted no parece ningún tonto, no como el estúpido ese que ahora muerde el polvo. ¿Cómo se llama?

—Jack Ulang. —Se humedeció los labios—. Antes serví como capitán en el Ejército Expedicionario de Asalto.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Durante la guerra, exactamente en la batalla de Sarkamat.

—¿Cómo soldado?

—Fui capitán.

—Ah, muy interesante. Luego hablaré con usted… ¿Cómo dijo que se llama?

—Ulang. Jack Ulang.

—Bien, Ulang. Creo que ha comprendido. —Dejó de sonreír, volvió a agarrar el megáfono y se dirigió a todos—: Ahora doscientos de ustedes serán elegidos por los guardias y trasladados al Pozo. Habrá tres turnos diarios. Recibirán buena comida si se portan bien. Recuerden que quién se atreva a traspasar los límites de este campamento lo lamentará más de lo que pueda imaginarlo. Las mujeres no irán al Pozo y se cuidarán de la limpieza de los barracones, de cavar letrinas y de cocinar los víveres que pronto llegarán.

Mientras una decena de soldados elegía a su capricho a

doscientos hombres, el mismo sargento del látigo hizo una señal a Ulang para que se acercara al vehículo. Desde arriba, la comandante, soltando el megáfono, le dijo:

—¿Es cierto que fuiste oficial?

—Sí.

—Si me mientes lo averiguaré pronto y recibirás un castigo muy doloroso.

—¿Por qué tendría que mentirle, señora?

—Eso me digo. Sube. Hablaremos dentro y me confesarás qué pecado fue el tuyo para que dejaras de ser un oficial.

Ulang la vio desaparecer y luego la volvió a ver al otro lado de la puerta, invitándole a pasar a la cabina del vehículo. Pero él no se movió y empezó a buscar con la mirada a Olga.

—¿Qué te pasa? —preguntó la comandante.

Ulang la miró.

—¿Seguro que las mujeres no saldrán de aquí?

—Por el momento, no. ¿Por qué lo preguntas? ¿Hay alguna que sea de tu predilección?

—Sí.

—Tal vez cuando acabemos de hablar te sea permitido conservarla a tu lado. Por el momento, no temas por ella, al menos no por hoy.

Ulang asintió y entró en el vehículo.

Comprendía la insinuación de la comandante. Hoy no, pero tal vez mañana o pasado mañana las mujeres estaban destinadas a algo muy diferente que limpiar y cocinar para los colonos.

4

Al anochecer, mientras los vehículos cargaban el tercer turno y los hombres que habían compuesto el segundo entraban en sus barracas agotados y hambrientos, Jack Ulang buscó a Max Zapra.

Lo encontró postrado en un rincón solitario y moviendo con lentitud la cuchara de plástico en el plato ya medio vacío de aquel mejunje que había recibido como cena.

Ulang se aproximó a él. Le seguía un hombre. Se arrodilló junto a Zapra y le miró a los ojos.

El antiguo jefe de seguridad del carguero comenzó a respirar ruidosamente y Ulang comprendió que su llegada no era bien recibida.

Sin devolverle la mirada, Zapra dijo roncamente:

—Al fin te ha servido para algo tu condición de antiguo oficial —esbozó una sonrisa mordaz—. Te ha librado de bajar a ese infierno llamado Pozo. ¿Sabes? Hoy ha sido el primer día y ya ha muerto un hombre. Acabó con la cabeza abierta. Perdió el equilibrio mientras bajábamos en un ascensor renqueante apretados como animales.

El acompañante de Ulang se sentó en el suelo. Max volvió la mirada. Supo que era Daniel Crabbe e hizo una mueca.

—¿Tú no les has dicho quién fuiste? —le preguntó.

—Por el momento no —respondió Crabbe. Sacó un paquete de cigarrillos y se lo tendió a Zapra.

Zapra dudó un instante antes de aceptar el ofrecimiento. Pero sus deseos de fumar eran demasiado intensos para mostrarse orgulloso. Se llenó los pulmones de humo. Después de expulsarlo con voluptuosidad, dijo:

—Ha sido horrible. No duraremos mucho allá abajo.

—Dinos cómo es el Pozo —le pidió Ulang.

Zapra miró sorprendido a los dos hombres.

—¿Es que la comandante no te lo contó? —preguntó a Jack.

—No todo. Todavía no estoy seguro de nada.

—¿De veras? ¿Qué esperas tú?

—La Martin discutirá con el general si es conveniente que se me acepte o no. Por eso todavía no he dicho nada de Daniel y su antiguo grado de teniente en el

EEA

—Ulang se encogió de hombros—. Si es un error confesar mi pasado, Crabbe se librará de algo peor que ir un día de éstos al Pozo.

—No tardará mucho en probarlo —masculló Zapra—. A un ritmo de seiscientos hombres diarios, con mucha suerte sólo se librará dos o tres días…, mientras que no decidan emplear a las mujeres. —Hizo un gesto de asco ante los restos de su plato—. Por todos los dioses, ¿es qué no podían cocinar algo mejor…? ¡Esto es una bazofia asquerosa!

Ulang había visitado las sucias cocinas donde docenas de mujeres lo pasaron mal ante la materia prima que les fue entregada para condimentar la comida a los hombres.

—Lo han hecho lo mejor que pudieron, créeme. Ahora cuéntanos qué puede haber en el Pozo. ¿Qué buscan estos soldados?

—No lo sé todavía, y me temo que los veteranos tampoco lo saben.

—¿Los veteranos? —repitió Brabbe.

—Sí, los antiguos colonos. Vimos salir a algunos del Pozo cuando llegamos. Todavía trabajan allí, seguramente para instruir a aquellos de los nuestros que formaron el primer grupo. Pero no pude hablar con ninguno. Los guardianes lo prohibían. Sin embargo, ante su aspecto tan lamentable me eché a temblar. ¡Esos desgraciados están enfermos en su mayoría, casi muertos de hambre y de cansancio!

—¿Qué hay en el fondo del Pozo?

—Es una boca enorme, de unos cien metros de diámetro. Está situada como a unos veinte kilómetros del astropuerto, a menos de un millar de metros de un bosque oscuro y denso que se pierde en el horizonte, allá por poniente.

»Existen cinco ascensores, viejos y toscos, que bajan a los obreros en grupos de cuarenta cuando en realidad no deberían

entrar más de veinte. Me llevaron hasta una profundidad que calculo debería ser de unos quinientos metros. Allí no llega la luz del sol y nos entregaron cascos con lámparas y herramientas rudimentarias, así como muchos cubos enormes que debíamos llenar con una especie de limo que se extrae desde un nivel todavía más hundido en las entrañas de la tierra.

»Los cubos son subidos en las espaldas y vaciados en cangilones sujetos a una cinta sin fin que asciende hasta la superficie. Todo el terreno alrededor del Pozo es un fangal, a consecuencia del limo que se esparce y va deslizándose lentamente por la ladera, hasta quedar detenido en una hondonada donde el sol lo va secando».

Ulang se mordió los labios. El relato de Zapra lo había decepcionado. Había esperado algo más espectacular. Todo aquello le resultaba ilógico. Se usaba una técnica prehistórica para llevar a cabo un trabajo sin explicación posible por el momento.

—¿Y así todo el tiempo? —preguntó Crabbe, fumando sin cesar y a veces mirando hacia atrás para asegurarse de que ningún habitante del barracón pudiera oírles.

—Así durante ocho interminables horas, en las que no te dan tiempo ni para orinar —gruñó Zapra—. Al que se detiene lo baldan a latigazos, y si no anda ligero se queda en el suelo blando boca abajo, con la espalda desollada y sirviendo de baldosa para que los demás obreros caminen sobre él.

Zapra se restregó el dorso de su mano derecha. Ulang se fijó que allí tenía una zona muy colorada. Le preguntó si se había golpeado con algo.

—No, es por culpa del maldito limo. Allá abajo es como un ácido, pero a medida que es llevado a la superficie pierde su color luminoso y, al parecer, también su nocividad.

Crabbe meneó la cabeza, confundido.

—Deben filtrar el limo.

—¿Con qué fin? —Preguntó Ulang—. ¿Acaso para obtener un metal precioso o un elemento extraño que valga mucho en algún mundo de la Superioridad?

—Dudo que lo sepamos algún día —Zapra limpió el plato y lo guardó debajo del colchón de su litera—. Un tipo que venía conmigo en el vehículo me contó que tuvo ocasión de cruzar unas palabras con un veterano y éste le confesó que el asunto ya dura un

año y ellos todavía ignoran para qué quieren el limo. Sólo sabe que cuando empezó el trabajo ese fango, mortal en las profundidades, llegaba a pocos metros del borde del Pozo. Trabajaron duro, sin duda.

—¿Hace un año que llegaron los soldados?

—Sólo sé que el trabajo empezó hace un año, pero desconozco si estaban anteriormente.

—Debemos enterarnos de más cosas —susurró Ulang.

—Tal vez tú puedas conseguirlo si acaban teniéndote confianza —dijo Zapra, sonriendo por vez primera desde que hablaban con él.

—Lo que sea que esté pasando aquí nos obliga a no quedarnos cruzados de brazos —afirmó Crabbe.

Si dejamos pasar mucho tiempo acabaremos como los veteranos, como esos desgraciados que tú has descrito. Por cierto, ¿dónde viven?

—Existe otro perímetro, aunque más pequeño, al otro lado del Pozo, a la derecha de donde comienza el bosque —Zapra tiró con pesar el resto del cigarrillo—. Allí viven los pocos colonos que debían estar esperándonos con los brazos abiertos. No quedan muchos. Creo que ahora que estamos nosotros les concederán algún descanso o el general acabará perdiéndolos.

—¿Cómo puede la Superioridad ordenar un trabajo semejante? —Protestó Crabbe—. Si querían obtener algún beneficio de ese Pozo, ¿por qué no enviaron material moderno para extraer el limo?

Ulang lo miró seriamente.

—¿Tú crees que la Superioridad está realmente detrás de todo esto?

—¿Insinúas que el general actúa por su cuenta y riesgo?

—Es posible.

—¿Con cuántos soldados cuenta?

—Un crucero de ese tonelaje suele llevar unos cien navegantes y otros tantos soldados de infantería —respondió Ulang a la pregunta de Zapra.

—En el Pozo conté unos veinte —dijo Max—. Aquí debe haber otros tantos, y quizás una docena para vigilar el perímetro de los veteranos. El resto estará libre de servicio, mientras que los técnicos se mantendrán cerca del crucero. ¿Reparándolo?

—Creo que ese crucero lleva mucho tiempo varado —dijo Ulang.

La gente del barracón, acabada la triste pitanza, se iba tumbando en los camastros. Ulang calculó que pronto sonaría el aviso para que todos durmieran y él debería regresar a su alojamiento, junto con Crabbe.

—Mañana sabré la decisión del general Onofre y tal vez averigüe más datos.

Zapra los miró.

—Si estáis pensando en preparar una revuelta quiero que contéis conmigo, aunque opino que deberíamos tomarnos las cosas con calma.

—No podemos dejar pasar mucho tiempo, Max, o se acabará la colonia que teníamos pensado fundar —dijo Ulang.

—¿Por qué?

Jack se levantó, también lo hizo Crabbe. Antes de alejarse, Ulang se inclinó y dijo a Zapra:

—El general tiene prisa por acabar el trabajo del Pozo, sea cual sea, pero sus hombres están poniéndose nerviosos y, para calmarlos, les entregará las mujeres que han venido con nosotros que ellos deseen. Lo harán dentro de tres o cuatro días, cuando se organicen los turnos de trabajo y la vida cotidiana en el Perímetro sea tan dura que muchas chicas decidirán de buena gana acostarse con quien sea, incluso con la comandante Martin, con tal de salir de este infierno.

—No tengo ninguna compañera, pero eso me parece una monstruosidad —dijo Zapra.

Pese a la escasa luz los otros pudieron verle palidecer intensamente.

—La Martin es una lesbiana y ya tiene puesto sus ojos en algunas —añadió Crabbe—. Te deseo suerte, Zapra.

—Si puedo te contaré mañana más cosas del Pozo —gruñó Max.

Crabbe forzó una sonrisa.

—Me temo que al amanecer tendré ocasión de verlo con mis propios ojos. Estoy incluido en el próximo turno, el que saldrá dentro de unas seis horas, apenas despunte el sol.

—Lo siento —escucharon que murmuraba Zapra mientras se alejaban.

Al salir del barracón aulló la sirena que avisaba para que todos los colonos estuvieran en sus respectivos alojamientos. Mientras

cruzaban la explanada les salió al encuentro un sargento. Era otro diferente al que ya conocían por su afición a emplear el látigo, pero al igual que éste también blandía un elemento de castigo similar y les amenazó con él al verlos acercarse.

—¿Qué hacéis todavía por aquí?

—Ya vamos a nuestro barracón —dijo Ulang sin dejar de mirar el látigo que oscilaba delante de sus ojos—. Es el número doce, señor.

Se lo dijo porque aquel tipo debía saber que en el barracón doce dormían los colonos que por el momento no estaban inscritos en ninguna brigada de trabajo.

—Ah, tú debes ser ese tipo que dijo a la comandante que habías pertenecido al Ejército.

—Así es.

—No creas que vas a seguir adelante con tu engaño. Además, ¿crees que vamos a confiar en alguien que fue expulsado? —la sonrisa de aquel tipo se acentuó y se hizo más cruel—. En el
EEA
no queremos indeseables.

Ulang comprendió que el sargento intentaba mofarse de él. Demasiado bien debía saber que todos los que vestían un uniforme en Walkar eran un montón de sinvergüenzas y seres depravados que gozaban haciendo sufrir a los prisioneros.

—Lo veremos, sargento. ¿Puedo seguir?

—Sí, y que no os vuelva a ver de nuevo por aquí en las horas de descanso.

Se alejaron rápidamente.

Cuando el sargento quedó muy atrás y se aseguraron de que los centinelas de las torretas no los miraban, Ulang aconsejó a Crabbe que corriese a su barracón. Daniel no tenía por el momento el privilegio de disfrutar de las prerrogativas que por ahora gozaban los ocupantes del número doce.

Ulang no marchó hasta su barracón hasta estar seguro de que su amigo estaba tras las mugrientas paredes de la triste construcción de madera y láminas de aluminio. Luego empujó la puerta. Olga salió a recibirle y la escuchó suspirar de alivio al verle.

5

El barracón número doce se hizo tristemente célebre en todo el campamento en muy poco tiempo, a la vez que el más odiado y envidiado.

Sus ocupantes, unas veinte personas, eran mirados con recelo, odio y resentimiento por los hombres y mujeres que se sumían en el abatimiento y en la desesperación y lentamente iban siendo integrados en las brigadas de trabajo. Estas sensaciones les aumentaban a medida que eran mayores las vejaciones que sufrían y les crecía el hambre en sus estómagos.

Al cabo de una semana todos renegaban del momento en que eligieron la nave «Guardiana» para escapar de la zona asolada por la vieja guerra, creyendo que en Walkar les esperaba un mundo pacífico en donde poder rehacer sus vidas.

Los hombres tuvieron que presenciar impasibles cómo muchas chicas jóvenes y agraciadas eran elegidas por los soldados en medio de sus burlas y sus vaharadas de alcohol. Aquéllos que quisieron impedirlo recibieron una paliza y varios terminaron malheridos, y dos de ellos en el interior de una fosa.

Ulang seguía esperando que el doctor Buster volviera al campamento. Quería hablarle, exponerle la situación que por días se volvía más insostenible. Pero el comandante de la «Guardiana» seguía sin dar señales de vida y ningún soldado quería responderle directamente cuando él se interesaba por su paradero.

Pese a que Daniel Crabbe resistía bastante bien las jornadas de trabajo, Ulang lo veía adelgazar por días y se preguntaba cuánto tiempo sería capaz de resistir.

Max Zapra no debía pasarlo mejor, pero al menos su constitución física le permitía mantener un aspecto más saludable y se mostraba menos abatido que la mayoría de sus compañeros.

Harding apenas salía del barracón, ni siquiera para estirar las

piernas, cuando los guardianes se lo permitían. Se quedaba todo el día sentado junto a una ventana, viendo salir y entrar las brigadas de trabajo. A veces Olga intentaba animarlo, pero la chica desistía pronto, desolada, ante la resistencia del viejo a mantener una conversación.

Ya que disponía de tiempo, Ulang se distraía elaborando mentalmente diversas ideas, estudiando a los hombres y mujeres que habitaban en el barracón. Todos los demás, sin excepción, eran especialistas.

Una noche, después de la llegada de un turno de trabajo procedente del Pozo, Harding lo llamó y le dijo sin apartar la mirada de la ventana:

—Los quieren para que les ayuden a reparar su crucero.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ulang inclinándose sobre el viejo.

—Es lógico ¿no? —Harding sonrió torvamente—. Oh, no me estime tan alto. No soy demasiado listo. Es que esta mañana llamaron a Lorimar y él me lo dijo cuando volvió. Se lo llevaron a la «Guardiana» y le obligaron a sacar los planos codificados de la instalación impulsora. Están necesitados de ciertos elementos básicos para su crucero y que, durante todo el tiempo que llevan en este planeta, no han sido capaces de fabricar en sus talleres.

—¿Entonces se marcharán?

—Sin duda lo harán algún día, pero no sé cuándo. Ojalá obtengan pronto lo que están buscando en el Pozo.

—¿Qué puede ser, Harding?

—Te lo diré cuando lo sepa, muchacho.

Ulang comprendió que al viejo se le había agotado su capacidad de conversación y le dejó otra vez solo.

Después de comer la asquerosa comida que le servían, Jack se tumbó al lado de Olga. Dejó que la muchacha se recostase sobre su hombro.

—Esta mañana la comandante se llevó a dos chicas, muy jóvenes —dijo Olga con la voz crispada—. Las que ha tenido en su cabina volvieron con muy mal aspecto, jurando que antes que irse otra vez con ella prefieren pasar una noche con veinte soldados borrachos. Si tú las hubieras visto…

Jack sí las había visto y sabía que durante mucho tiempo ellas no borrarían de su mente la amarga experiencia.

—Precisamente tengo que ir mañana a entrevistarme con esa bestia —mascculló.

—No me lo habías dicho…

—Lo olvidé.

Sintió que ella se arrimaba más y notó el temblor de su cuerpo. La acarició para tranquilizarla.

—No temas por mí. Será para decirme que el general acepta mi ofrecimiento como colaborador. No dispone de suficientes oficiales.

—Los que estamos aquí sabemos que finges, que simularás una colaboración que te asquea; pero lo harás para ayudarnos. En cambio, la mayoría, pensará que te has vendido.

—Me basta con que tú sepas la verdad.

Un poco después se quedó dormido, cuando Olga llevaba ya un rato haciéndolo, pensando que si conseguía moverse con libertad fuera del Recinto lo primero que haría sería averiguar dónde estaba el comandante Buster.

6

—Vas a tener tu oportunidad, Ulang —le dijo la comandante, mientras bebía una taza de café.

Estaba sentada detrás de una mesa muy desordenada, asquerosamente sucia.

Jack intentó no inmutarse. Permaneció quieto, firme delante de la mujer. Por el rabillo del ojo creyó ver al otro lado de la puerta entornada a dos chicas dormir a pierna suelta en una cama enorme. Al parecer todavía sus cuerpos no estaban marcados por las desviaciones de la comandante.

—Gracias —respondió.

Ella no pareció escucharle. Sorbió el resto del café, dejó la taza con los bordes manchados de su baba y dijo:

—Por el momento tu incorporación no será definitiva. Estarás a prueba. Ni siquiera el general está capacitado para reabrir tu expediente. Sin embargo, sería un tanto a tu favor que tu comportamiento fuera excelente, para una posterior revisión de tu causa, allá en la Tierra cuando regresemos.

—Todo cuanto deseo es volver a vestir el glorioso uniforme del EEA —dijo Ulang, conteniendo a duras penas las ganas de reírse de sus propias palabras.

—Entonces trabaja duro —ella se inclinó a un lado y tocó un timbre.

Al poco rato apareció bajo el dintel de la puerta un hombre de escasa estatura, pequeño en realidad. Era un sargento y Jack, ante su aspecto físico y debido a sus ojos saltones y redondos, pensó inmediatamente en pulpos y peces.

—Es el sargento Bagietto —dijo la mujer—. Sargento, desde este instante el colono Jack Ulang es el capitán Ulang. Llévele al almacén y que se le entregue un uniforme y las insignias de su

rango. Luego lo acompañará al Pozo y allí dígale cuál será su cometido como jefe de vigilancia.

Bagietto agitó sus ojos. A Jack le pareció entonces más pulpo que nunca.

El sargento se había quitado el casco y lo sostenía debajo de su brazo. Su cabeza redonda, cubierta con escaso cabello rubio, reflejó la luz que entraba por la ventana. Le chispeó la mirada y de nuevo Ulang sintió una sensación de repugnancia y comprendió que en el suboficial no iba a tener, precisamente, un colaborador. En realidad se había ganado un nuevo y solapado enemigo, dispuesto a saltar sobre él al primer fallo.

—A sus órdenes, comandante —dijo el sargento con voz aflautada.

Para Ulang, Bagietto era el polo opuesto al otro sargento tan aficionado a usar el látigo. No era nada corpulento y en cambio aparentaba mucha fragilidad física, pero Ulang creía conocer a tipos como aquél. Solían destacarse por su crueldad, como si quisieran ocultar su debilidad bajo una gruesa capa de dureza.

Luego sabría que Bagietto no estaba bien de la cabeza, casi peor que su comandante. Poseía sus manías y aberraciones, militando descaradamente en el campo homosexual también, pero era más introvertido, lleno de inhibiciones y más peligroso e irritable que la mujer.

Bagietto lo condujo hasta un almacén de ropas y le entregó un uniforme. Esperó pacientemente a que Jack se vistiese y entonces sacó de un armero una pistola láser que le dio como si le costase un gran esfuerzo.

Ulang tomó el arma y no la colocó en la funda hasta cerciorarse de que estaba cargada. No tenía vacío su cargador y este hecho le sorprendió. Por un momento se imaginó que le era entregada una pistola sólo como un objeto decorativo, para que ningún soldado o esclavo se sorprendiese de que un oficial no fuese armado.

—Relevará al capitán Stewar —dijo el sargento mientras lo precedía, caminando nervioso fuera del almacén. Se encaramó a un vehículo y se acomodó ante los mandos. Puso en marcha el motor y dijo—: Señor, si quiere continuar gozando de su buena estrella le aconsejo se olvide que esos perros han sido sus compañeros de viaje.

—No me gusta recibir consejos de un inferior.

Sabía que sus palabras serían como latigazos para Bagietto, precisamente lo que intentaba. Si aquel tipejo nauseabundo quería ser su enemigo iba a demostrarle que no se convertiría en una presa fácil.

El sargento se mordió los labios y no volvió a decir una sola palabra hasta que llegaron cerca del Pozo. Detuvo el vehículo junto a otros. En uno de ellos, apostados detrás de un enorme proyector láser, varios soldados vigilaban a un grupo de obreros de aspecto miserable que descansaban junto a montones de cieno que se endurecía al sol.

Ulang descubrió entre los obreros veteranos a varios colonos. Miró con extrañeza al sargento.

—Creía que los antiguos y los colonos recién llegados no trabajaban juntos.

—Es una genialidad del capitán Stewar, señor. Dice que así será más eficaz la extracción.

Jack notó en las palabras del Bagietto cierto tono despreciativo al referirse al capitán. Al parecer tampoco Stewar era santo de su devoción. ¿Es qué había alguien el Walkar que contase con sus simpatías?

Se apartaron un poco para dejar paso a un camión que se alejaba del Pozo, rugiendo y dejando un reguero de fango, el famoso limo que era extraído del fondo del enorme agujero. Ulang lo miró con curiosidad. Tal vez contuviera alguna sustancia valiosa, pero para él no era otra cosa que un barro oscuro y algo apestoso, aunque abajo resultase peligroso su contacto.

Varias cadenas sin fin sacaban del fondo del Pozo cangilones rebosantes de fango, que varios obreros cargaban y los llevaban hasta los camiones y los volcaban en sus recipientes. Había muchos guardias por todas partes, cada uno con un enorme látigo en una mano y un rifle sujeto al hombro por un dispositivo magnético.

El sargento apremió a Ulang con gestos nerviosos y lo condujo hasta una cabina de feo aspecto, un ascensor que estremeció a Ulang a causa de su rudimentaria tecnología. Era el que usaban los oficiales y soldados y no tuvo más remedio que preguntarse cómo serían los que estaban a disposición de los obreros.

La cabina se puso en marcha, oscilante y produciendo ruidos

rechinantes. Ulang miró hacia abajo primero y estudió la luminosidad que ascendía. Luego levantó la cabeza y miró la figura que se movía por el borde. A ella acudió corriendo un par de soldados y entonces el obrero lanzó un grito y se arrojó al vacío.

El suicida todavía gritaba cuando pasó a poca distancia del ascensor, agitando brazos y piernas, como si quisiera nadar en el vacío que lo engullía, y como si ya estuviera arrepentido de su gesto desesperado.

Se perdió entre el entramado de pasarelas de madera y unos segundos después se percibió un lejano golpe.

Bagietto sonrió.

—Ha tropezado en un saliente, no ha llegado al fondo. Tal vez aún siga vivo. Peor para él. Nadie irá a ayudarle.

Conteniendo a duras penas sus ganas de aplastar la repulsiva cara del sargento, Ulang preguntó:

—¿Hay muchos suicidios?

—Algunos. Dos o tres cada semana —replicó el sargento encogiéndose de hombros.

Se detuvo el ascensor y saltaron a una especie de muelle de piedra. A la derecha se abría un corredor estrecho. El sargento señaló el otro extremo y dijo antes de volver a entrar en la cabina:

—Encontrará allí al capitán. Seguro que estará deseando descansar. Ayer tuvo una misión muy desagradable cerca del bosque. Hasta es posible que, después del fracaso que acaba de sufrir, el general lo arreste. No es bueno volver con bajas, no.

Bagietto soltó una carcajada de hiena y apretó el botón para hacer ascender la cabina. Todavía reía cuando el ascensor se alejaba.

Ulang quedó confundido.

Mientras andaba por el estrecho pasillo, pegándose a la pared y procurando no mirar abajo, Ulang recordó haber escuchado que en el bosque próximo se escondían algunos fugados, situación que enfurecía al general y solía ordenar la salida de patrullas para encontrarlos y aniquilarlos.

Antes de llegar al lugar donde estaba Stewar, Ulang tuvo ocasión para observar las condiciones insostenibles que padecían los hombres para llevar a cabo su trabajo. Desesperado, se encaró con el capitán, decidido a no dejar pasar un día más sin actuar

positivamente, dispuesto a jugárselo el todo por el todo.

Después de los saludos y soportar el frío recibimiento de Stewar, Ulang le preguntó:

—¿Es cierto ese rumor que corre de que pronto se acabará este maldito trabajo?

—¿Quién te ha contado semejante estupidez? —inquirió Stewart torvamente.

Ulang observó:

—Los técnicos de la «Guardiana» están incorporando al crucero piezas vitales. Quizá cuando esté listo, todos los soldados se marchen.

—¿Eso le preocupa o acabaría alegrándole? —le preguntó Stewar.

—Me inquieta, capitán. Me pregunto si se me permitirá marcharme también cuando llegue el momento.

—Entiendo. Sus antiguos compañeros pueden despedazarle si se le dejara en Walkar, ¿no?

Ulang asintió:

—Más o menos.

Stewar soltó un resoplido. No quiso seguir mirando a Ulang. Sacó unos documentos de una carpeta y se los tendió.

—Fírmelos. Desde ahora, cuanto pase en el Pozo será de su incumbencia.

Ulang tomó los papeles pero no los leyó.

—No parece tener mucha prisa por marcharse.

—Tengo una cita con el general que cambiaría con gusto por otro turno aquí abajo… —Stewar se calló y mantuvo la boca abierta, sorprendido—. ¿Por qué le digo esto?

—Tal vez porque desea sincerarse con alguien.

—¿Por qué con usted? Yo debería despreciarle, capitán Ulang. Vino como colono pero no perdió el tiempo para colocarse al lado de los poderosos.

—Recuerde que ahora milito en su mismo bando.

—Es verdad. No debería censurarle. Sin embargo… ¿Usted pretende decirme algo que no se atreve?

Ulang sonrió. Stewar no era ningún tonto. Enseguida había adivinado que él quería algo.

—Sí. Dígame qué están buscando en el Pozo.

—Eso no puedo decírselo.

—Pero usted lo sabe…

Stewar le interrumpió.

—Como todos los oficiales. No he recibido instrucciones de confiarle un secreto así, capitán.

—Quisiera hablar con usted…, a solas y en un lugar seguro.

—Si esta noche no duermo en el calabozo venga a verme a mi cabina. ¿Sabe cuál es?

Ulang asintió.

—Entonces hasta luego.

Stewar le dio la espalda y caminó por el peligroso sendero en dirección a los ascensores. Con el ceño fruncido, Ulang lo vio marchar. Tardó algún tiempo en reaccionar, hasta que oyó el ruido de la renqueante cabina ascender hacia el aire libre.

Despacio, sintiendo cierta opresión en el pecho, Jack intentó concentrarse en su desagradable trabajo. Más allá un grupo de guardianes, hoscos y fieros, parecían aguardarle, con los látigos que hacían golpear en sus botas sucias por el barro.

7

Una semana después, bien entrada la noche, Stewar no podía conciliar el sueño y se revolvía inquieto en el lecho. Miró la botella vacía. El licor se lo había bebido hacía un buen rato. Chasqueó la lengua y se dijo que estaba dispuesto a dar cualquier cosa, a otorgar lo que fuera, por un buen trago.

Entonces sonaron unos suaves golpes en la puerta.

Stewar saltó de la cama y mientras se dirigía a la salida de su cabina cogió el láser y lo amartilló. Al pasar junto a la ventana apenas pudo distinguir a través de los cristales sucios y empañados por la humedad a quienes parecían respirar entrecortadamente al otro lado de la puerta de madera. Había comprendido que eran, al menos, dos personas. Apenas consiguió distinguir la silueta de uno de ellos que vestía uniforme de las fuerzas de la Superioridad.

Por su mente no pasó ningún recelo.

Estaba de malhumor cuando abrió la puerta y a punto iba a escupir una imprecación, bajando al mismo tiempo el cañón de su láser, cuando la brillante boca de una pistola se plantó delante de sus ojos.

—¿A qué viene esto? —preguntó mientras miraba la cara de Jack Ulang al otro lado del arma, a su mano que la sostenía con firmeza.

—Simple precaución, capitán Stewar —sonrió Ulang echándose a un lado para permitir el paso a quienes le acompañaban.

Stewar parpadeó. Vio entrar en su cabina a un colono, a quien siguió temerosa una mujer, a la que apenas pudo verle el rostro.

Ulang cerró la puerta. Stewar lo miró y lo recriminó:

—Llega a la cita con mucho retraso.

—¿Me esperó aquella noche?

—Sí —admitió Stewar.

Soltó su láser sobre la mesa y el metal del cañón chocó contra la

botella vacía. De nuevo volvió a lamentar no disponer de licor.

«¿Y si habían seguido a aquellos tres locos?».

Stewar se estremeció. Su posición en la zona Emedos empeoraba cada día que pasaba. El general sólo necesitaba que la marimacho de Alena le acusara de conspiración.

—Lamento no haber venido entonces, pero debía tomar mis precauciones —sonrió Ulang. Arrimó una silla y se sentó frente a Stewar.

Éste repitió:

—¿Sus precauciones?

—Sí. Cuando hablamos en el Pozo, pensé, mientras usted se alejaba en el ascensor, que podía tenderme una trampa aquella noche. Aunque tenía mis fundamentos para confiar, decidí comprobar antes ciertos indicios.

Stewar frunció el ceño.

—¿A dónde quiere ir a parar? —Señaló a sus acompañantes—. ¿Por qué ha venido acompañado?

—Ella es Olga, mi compañera. Mi amigo se llama Daniel Crabbe y también fue oficial de la Superioridad, teniente del
EEA
.

—Sin embargo, no quiso alcanzar sus mismos privilegios…

—Acordamos que él sería más útil entre los obreros. ¿O debo llamarlos esclavos?

—Hágalo; no se equivocaría. ¿Está seguro de que no los ha seguido nadie?

—Eso creo. Stewar, estos días los he aprovechado para indagar acerca del paradero del doctor Buster.

—¿Se lo ha preguntado al general Onofre?

—No sea mordaz. Entre la tropa se escucha un montón de cosas muy interesantes. Por ejemplo, que alguien facilitó la huida a Crabbe al bosque. Muchos opinan que fue un golpe audaz de Skoffel, pero después de su fallido intento de capturar al fugitivo yo he llegado a la conclusión que fue usted quien sacó al doctor de la zona y lo llevó junto a su aliado.

Stewar abrió la boca y palideció.

—¡Está loco!

Crabbe se inclinó sobre el capitán y le dijo con mordacidad:

—He estado pudriéndome muchos días en el Pozo y me he mezclado con esos desgraciados que estaban en Walkar cuando llegó el crucero del general. ¿Sabe para qué? ¿Por qué lo he soportado todo? Con el único fin de investigar. He hablado con muchos veteranos.

—¿Qué sabe? —Inquirió el capitán—. Están locos si piensan que yo…

—Vamos, Stewar —sonrió Ulang—. No podemos perder el tiempo. Skoffel es un tipo duro, lo sé, pero también nos hemos enterado que sin la ayuda de un miembro de la tripulación del crucero no habría podido escapar el día antes de nuestra llegada. Ah, pero él no fue el único. Aunque el general piensa que cuantos intentaron alcanzar ese peligroso bosque murieron gracias a su pericia, capitán, alguien sabe que todos están vivos.

—Su imaginación es descabellada…

—Confié en nosotros de una vez.

Stewar miró a sus visitantes.

—¿Qué pretenden? —preguntó.

—Vamos a pasar a la acción. Todo lo tenemos dispuesto para escapar esta noche.

—¿Esta noche? ¿Por qué tanta precipitación?

—Mañana podría ser tarde. El general está furioso con usted. Sólo necesita un ligero empujón, un mínimo indicio, y le mandará a la tumba. Un soldado, de los que volvieron de la última patrulla que usted mandó al bosque, está a punto de hablar. Anoche se emborrachó con una muchacha que eligió de entre nuestras mujeres y se lo contó.

—¿Qué dijo ese soldado?

—Que usted también proporcionó la huida al doctor Buster. Por lo tanto, nuestro comandante debe estar con Skoffel. ¿No?

Tras una pausa tensa, Stewar preguntó:

—¿Qué quieren que haga?

—Afuera nos esperan algunos hombres. Max Zapra está al mando del grupo. Es nervioso y puede largarse si nos demoramos mucho. Capitán, recoja sus cosas y síganos. Por el camino puede contarnos lo que queremos saber y que desde hace tanto tiempo nos corroe la curiosidad.

—¿El enigma del Pozo?

—Lo ha adivinado. No era difícil, ¿verdad?

—De ningún modo —rió Stewar nerviosamente. Tomó una bolsa de plástico y echó dentro algunas ropas y un par de cajas de metal.

—¿Qué riquezas contiene ese fango asqueroso? —preguntó Crabbe.

—¿El fango? ¿Por qué suponen que el misterio está en el fango y no debajo de él?

—¿Está en el fondo del Pozo?

—Así es —asintió Stewar, mientras se echaba al hombro la bolsa.

Salieron y Ulang comentó que la niebla les protegería al escapar.

—Sin embargo continúo pensando que nos precipitamos —dijo Stewar, mirando atrás.

—Quédese entonces y apenas amanezca verá a la comandante Alena aporrear la puerta de su cabina. Estará protegida por cuatro guardias fuertes, sin duda, y usted no podrá hacer nada para impedir acabar en una celda cargado de cadenas.

Mientras caminaban guiados por Crabbe, Stewar respondió:

—No conoce al general. ¿En una celda? Bah, yo terminaría convertido en una piltrafa antes del mediodía y sé de alguien que haría de verdugo muy complacido.

Ulang señaló:

—El sargento Bagietto.

—El mismo.

La niebla se retiró un instante y se hallaron frente a un enorme vehículo. Dentro de la cabina había gente. Se asomó la cabeza de Zapra y les apremió, nervioso:

—Vamos, adentro. La patrulla no tardará en pasar por aquí.

Subieron todos. Dentro había varias personas, hombres y mujeres. En un rincón, el doctor Harding lanzó un gruñido sordo y se limitó a mirar con recelo al capitán Stewar.

—Larguémonos de una vez —dijo Ulang.

Zapra puso el motor en marcha y Jack se estremeció. En el silencio de la noche aquel rugido se le antojó como el de una tormenta que rompiese su furia sobre sus propias cabezas.

—Vamos a cruzar la valla del perímetro por un lugar próximo al bosque. Tened preparadas las armas de todas formas —dijo Jack. Sonrió a Stewar—. Estoy deseando llegar a un sitio seguro.

—¿Para respirar tranquilo? —preguntó Stewar—. No, para que usted me diga lo que hay en el Pozo.

—¿Cómo puede explicarme esto? —gritó el general.

Dejó de caminar sobre el terreno húmedo y se plantó violentamente frente a la comandante.

Ella miró de reojo a los soldados que presenciaban la escena. Observó al sargento Bagietto que sonreía con media boca.

Aquel día, desde que se dio la alarma pasada la medianoche, había sido un infierno en todo el perímetro. Un camión cargado de fugitivos había roto la valla. Sus huellas indicaban que había tomado la dirección del bosque. Detrás de él dejó a dos soldados abatidos. Quizá pretendieron impedir la huida y pagaron bien cara su intervención. Recibieron varias descargas de láser que los habían desfigurado totalmente.

Ni siquiera se habían enviado los trabajadores al Pozo. Todo andaba desquiciado.

—Sin la ayuda del capitán Stewar no hubieran podido escapar los ocupantes del barracón Doce —musitó la comandante.

—¡Incluso los técnicos que trabajaban en el crucero! —aulló el general.

—También, señor, pero… Bien, creo que nuestros especialistas podrán acabar de implantar el sistema de impulsión que teníamos averiado, sin duda. Yo…

—¡Usted debió haberme informado de las sospechas que tenía de Stewar mucho antes, no ahora con los hechos consumados!

—Se lo insinué hace tiempo y no quiso hacerme caso —escupió la mujer, desafiante.

Se hizo un silencio total entre la tropa, los cuchicheos cesaron súbitamente. El general miró a su alrededor, sobrecogido por la respuesta insolente de la comandante que desafiaba su autoridad.

Con mano temblorosa, Kurt Onofre señaló la dirección del bosque.

—Organice una patrulla, comandante. Quiero que salga dentro de dos horas como máximo. ¡Vuelva con los fugados y con cuántos escaparon antes!

Alena jadeó. Su mente volvía a enturbiarse y dejó pasar los segundos y con ellos la oportunidad que se le había presentado de hacerse con el mando de la base. Asintió con la cabeza, iba a darle

la espalda al general cuando se contuvo y dijo:

—Pero no será, ahora, señor. No podrá ser hoy mismo. Necesitaré tiempo para preparar la patrulla y, lo más importante, debemos reanudar los trabajos en el Pozo, con más bríos que nunca. —Anduvo unos pasos y se detuvo a pocos centímetros del general, quien la miró sudoroso—. Estamos a punto de llegar al fin. ¿Lo había olvidado? Y antes de dos días dispondremos del crucero en perfectas condiciones de navegación.

—De todas formas quiero que los traidores sean castigados.

—Como usted ordene, señor. Mañana saldré con la patrulla a primera hora, pero después de que todo quede organizado.

A unos pocos metros de ellos, el sargento Bagietto parpadeó. Tal vez, pensó, si insistía ante la mujer obtendría alguna información adicional sobre lo que pretendían sacar del fondo maldito del Pozo. Él, como casi todos los miembros del crucero ahora convertidos en guardianes y verdugos de una partida de esclavos, apenas sabía nada. Sólo que allí obtendrían algo que los haría intensamente ricos. Pero Alena lo sabía y ya era tiempo de que se lo dijera a él, si es que pretendía seguir contando con su fidelidad, muy por encima de la que debía al general.

8

Skoffel causó una impresión mediocre en Ulang.

El jefe de los fugados era un hombre de mediana estatura aunque muy fuerte. Su larga permanencia en el Pozo no había logrado minar su fortaleza y su mano todavía era fuerte cuando estrechó la de Jack, después de que fueran presentados por Stewar.

—Era el jefe de la colonia —añadió Stewar como explicación necesaria.

Se encontraban en una parte del bosque, próxima al linde, donde el terreno era de piedra. Allí tenían los fugados sus casas construidas con maderas y ramas que desde el aire resultaban totalmente invisibles.

—En este lugar estamos seguros —sonrió Skoffel cuando descubrió la mirada llena de aprensión que Jack dirigió a la muralla de árboles espinosos que les rodeaba.

—Se refiere al piso de piedras —dijo Stewar—. Muchas zonas del bosque están llenas de hierba carnívora donde pululan bichitos capaces de convertir a un hombre en esqueleto en cuestión de pocos minutos.

Olga se estremeció y tragó saliva con dificultad.

—Sin embargo, el vehículo atravesó sin ningún problema el bosque hasta aquí… —dijo.

—Conozco el camino —sonrió Stewar—. Disponemos de diversos senderos casi seguros… Sólo casi seguros. Este bosque no se limita a ser peligroso a causa de los parásitos, sino que existen también otras fieras mucho mayores e incluso peores.

Skoffel invitó a Zapra, Ulang, Crabbe y Harding al interior de su cabaña. Olga prefirió reunirse con las mujeres que integraban la pequeña comunidad de fugados, unos veinte en total.

Los técnicos que escaparon con el grupo capitaneado por Jack empezaron a discutir con algunos antiguos colonos sobre la llegada

a Walkar del crucero y lo que habían tenido que hacer en su sistema de impulsión después de haber desmantelado parte de la «Guardiana».

—Tal vez pronto tengamos sobre nosotros algunos deslizadores —dijo Skoffel señalando pequeñas sillas a sus invitados—. Por lo tanto debemos conocernos todos un poco y cuanto antes.

Ulang echó un vistazo a la reducida estancia, única de la cabaña. En un rincón había una cocina rudimentaria, en donde una mujer se ocupaba de condimentar un guiso que olía muy bien. Skoffel dijo que se llamaba Diana y todos dieron por supuesto que se trataba de su compañera.

—Ella fue de las primeras en escapar —sonrió el jefe. Sacó una garrafa y al destaparla todos pudieron oler el aroma del vino que encerraba. Después de repartir unos vasos, Skoffel añadió—: Stewar la perseguía por orden de Onofre, pero al alcanzarla no fue capaz de matarla y entonces Diana le sugirió que si la dejaba esconderse en el bosque, en un lugar donde nunca la encontraría, su jefe jamás se enteraría de nada.

Stewar asintió vigorosamente.

—Así ocurrió. Entonces pensé que podría enviar con Diana a cuantos pudiera, aquellos que el trabajo estuviera matando más rápidamente. La comandante Alena no quería enfermos y los arrojaba fuera del recinto para que murieran. Yo los recogía por la noche, les daba alimento y los traía aquí.

«Más tarde, dispuesto a echar por tierra los planes del general Onofre, contacté con Skoffel y le propuse un plan, que él aceptó».

—¡Qué remedio tenía! —Rió Skoffel—. Además, el plan de Stewar es bueno. Pero yo pedí a Stewar que no debía largarme enseguida. Era mejor esperar un poco, hasta que el punto a alcanzar en las excavaciones estuviera próximo.

Ulang miró al capitán.

—¿Qué es lo que oculta ese maldito pozo?

Stewar y Skoffel se cruzaron un par de miradas. El último asintió y el oficial, después de beber un trago, dijo:

—¿Han oído hablar alguna vez de Larahi o les suena esta palabra?

Todos negaron con la cabeza, excepto Ulang, quien frunció el ceño y dijo despacio:

—Es como… una leyenda, algo que alguna vez he escuchado en labios de algún viejo navegante, de un veterano de las viejas guerras que la Superioridad mantuvo cerca del Borde… Larahi. Sí, es una palabra con áurea mágica.

—Se dice que es un pueblo que hace milenios se llamó de otra forma, aunque ahora no recuerdo cómo —dijo Stewar—. Hace unos diez lustros, reducidos apenas a unos pocos miles, accedieron a firmar una alianza con la Superioridad. La Tierra les garantizaba la libertad si a cambio consentían combatir a su lado contra unos invasores.

—¿Para qué quería la Tierra la ayuda de una raza tan poco numerosa? —preguntó Zapra.

—Los Larahi eran poseedores de unos ingenios bélicos muy antiguos pero que nadie fue capaz de reproducir. Sus pequeñas naves eran muy poderosas. No conservaban muchas, pero las suficientes para convertirlos en unos aliados muy apreciables. Ellos lucharon notablemente al lado de las fuerzas de la Superioridad y consiguieron, casi sin ayuda, expulsar a los invasores. Cuando regresaron a su pequeño planeta tuvieron la desagradable sorpresa de encontrar su ciudad arrasada y a todas sus mujeres e hijos muertos. Descubrieron que habían sido las tropas que hasta hacía poco fueron sus aliados.

»Vengaron a los suyos, pero tuvieron que combatir contra tantos que, pese a sus naves muy superiores, padecieron muchas bajas, tal vez porque estaban desesperados y no usaron la estrategia, de la que eran consumados maestros.

»Acabaron huyendo, perseguidos por las flotas de la Superioridad, que a toda costa quería capturar una de sus naves para reproducirlas, algo que nadie consiguió antes.

»Los escasos supervivientes, según cuenta la leyenda, llegaron a un mundo desconocido, en donde destruyeron u ocultaron sus naves y luego, siguiendo un rito ancestral, se quitaron la vida.

Ulang aspiró aire y preguntó:

—¿Y éste es, precisamente, el planeta dónde se escondieron?

—Eso adivinó el general cuando llegó aquí y los colonos le hablaron de un cráter del que emanaba cierta radiación muy especial, nada peligrosa sin embargo.

—¿Y por eso comprendió que allí estaban las naves que los

larahitas no destruyeron?

—Onofre tenía en el crucero un viejo registro que detallaba las características de las radiaciones que despedían constantemente las naves de Larahi, y que, con el paso del tiempo, la tierra que tapaba su profunda tumba en un pozo de cieno fosforescente y cargado de radiación.

—Y las célebres naves están abajo, ¿no?

—Exactamente. Ahora apenas a unos pocos metros.

—¿Cuántas son?

—No se sabe con precisión. Tal vez sean dos o quizá veinte. En unos días más de trabajo se podrán sacar a la superficie las primeras.

—Pero el tiempo las habrá dejado inservibles —dijo Crabbe.

—Ustedes no han tenido jamás la ocasión de estudiar las características de una nave larahita —rió Stewar—. Son indestructibles al paso del tiempo.

—¿Qué poseen que las hace tan valiosas?

—Un conjunto de maravillas técnicas. Pueden viajar por el hiperespacio con mayor precisión que ninguna otra, almacenar más energía, interrumpir su aceleración súbitamente o acelerar de forma increíble, además de poseer una coraza de fuerza inagotable.

—El general recibirá toda clase de honores si vuelve con una sola de ellas a la Tierra… —Zapra cesó en su comentario y dijo de pronto—: ¿Pero podrá cargarlas todas en su crucero?

—A un par de ellas, sí. Son pequeñas, ya lo dije. Pero no temerá dejar aquí el resto —dijo Skoffel.

—Entiendo —dijo Ulang secamente—. Lo puede hacer tranquilamente porque no dejará a nadie vivo que le delate a la Superioridad.

—La Superioridad le perdonaría cualquier clase de crimen si le entrega algo detrás de lo que ha estado desde hace tanto tiempo —rió Skoffel con sarcasmo—. Echarían tierra al asunto y cargarían al general con condecoraciones.

—Yo no opino como Skoffel —dijo Stewar atrayendo la mirada de todos—. Pienso que en la cabeza del general bulle la idea de entregar las naves a una potencia enemiga de la Superioridad. Obtendría mucho más, mayor poder. En realidad, Onofre odia a la Superioridad. Tal vez porque hace tiempo creía poder ascender a

Mariscal y alguien en el gobierno le puso una zancadilla.

—Es posible —admitió Skoffel—. Ese tipo debe estar enfermo de celos y de envidia.

—Pienso como Stewar —dijo Jack—. Quizás el general ya era un desertor cuando arribó a Walkar. Stewar, cuéntanos tu plan.

—Es bien sencillo. Pienso dejar a Onofre sin mano de obra. Un golpe de mano audaz nos permitiría traer aquí a todos los colonos —arrugó el ceño, preocupado—. Bueno, al menos lo pensaba antes, cuando no éramos tantos. Pero ahora, con vuestra llegada…

—Aunque no pudiera atraparnos aquí dentro sería capaz de arrasar todo el bosque —dijo Jack meneando la cabeza negativamente—. Será preciso otro ardid.

Discutieron durante un buen rato los pros y los contras de cada sugerencia expuesta por varios del grupo, hasta que entró en la cabaña el doctor Buster. Sus antiguos compañeros lo abrazaron y Olga le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—Estoy contento de volver a veros, amigos —dijo Buster muy emocionado.

—Hemos llegado hace un rato. ¿Dónde estaba usted? —inquirió Olga.

—Había ido al otro lado del bosque, usando un pasillo seguro.

—No debió arriesgarse, doctor —le censuró Skoffel—. Ya le advertí que no debía hacerlo.

—Oh, el guía que me condujo era muy eficaz —sonrió Buster quitándole importancia a su excursión—. Quería echar un vistazo al río que cae de la montaña y se acerca al campamento. Las aguas son puras y no contienen ningún elemento dañino.

—Ya se lo dije. Es la que nosotros consumimos.

—Supongo que ese río es lo único que no tiene alguna clase de peligro en esta zona —se quejó Buster. Miró a Jack y le preguntó—: ¿Qué tal andan las cosas allí, amigo?

—Ya se lo puede imaginar.

—¿Y el general?

—Deseando echarle el guante. Desde aquel día en el que llamó y usted no se presentó, nos ocultó su fuga, pero seguro que se mordió a menudo los puños de rabia.

—¿Por qué me considera tan importante?

—No lo sé.

—Es posible que sea debido a que considera a Buster un navegante capacitado —dijo Stewar—. Desde que falleció su piloto de a bordo no se fía de las aptitudes de Alena Martin.

—¿Qué habéis estado tramando en mi ausencia? —preguntó Buster jovialmente. Enseguida se puso serio ante las expresiones secas de todos—. ¿Qué he dicho? ¿Algo malo? Olga no pudo reprimir un estremecimiento.

—Este loco —dijo señalando a Jack—, quiere llevar adelante un plan disparatado. Claro que no lo pondrá en práctica porque carece de una excusa para presentarse de nuevo ante Onofre y que éste no le vuele la cabeza sin dejarlo hablar.

—¿Un ardid? —repitió Buster.

—Sí —dijo Jack con malhumor—. No se me había ocurrido antes de escapar que yo sería más útil dentro de la Zona Emedos. Claro que entonces Stewar no consideró conveniente decirme lo que hay en el Pozo.

—On, no me eches a mí la culpa.

—Una excusa —musitó Buster rascándose la barbilla—. Muchacho, ¿de verdad crees que tu plan sería bueno si pudieras estar de nuevo bajo las órdenes del general?

—¡Desde luego!

—Pues entonces cuéntamelo y tal vez yo pueda darte el motivo para que Onofre vuelva a recibirte con los brazos abiertos, crea tus mentiras y jamás piense que te marchaste con los fugitivos por tu propia voluntad, sino a la fuerza.

Olga lanzó chispas por sus ojos. Estaba cerca de Jack y de buena gana le hubiera propinado una patada en las espinillas.

9

Jack Ulang se aproximó muy nervioso a la entrada del perímetro más cercana al bosque. Caminaba a su lado el doctor Buster y lo empujaba a veces, con más fuerza cuando estuvieron muy cerca los guardianes que estaban de espaldas y se volvieron para mirarlos, atónitos, al escuchar sus pisadas.

Inmediatamente comprendió Ulang que los dos soldados parecían haber estado muy interesados en lo que ocurría en las proximidades del cráter. Por un momento intentaron levantar sus armas, pero Ulang los contuvo con un gesto al mismo tiempo que hacía ostentación de su pistola.

—Llamen al oficial de guardia —dijo lacónicamente—. Traigo un prisionero.

Uno de los soldados enrojeció y dijo guturalmente:

—No está cerca el oficial…, capitán.

Le había costado mucho esfuerzo llamarlo por su grado. Esta vacilación dio a entender a Ulang que su cabeza tenía precio puesto, pero su aparición voluntaria no podía haber desconcertado más a los dos tipos.

—¿Dónde está el general? —les espetó pasando delante de ellos.

Le indicaron la pequeña explanada próxima al Pozo por la cual entraban y salían los camiones. Ulang miró hacia allí y notó mucho movimiento de personas, pero en su mayoría de soldados.

—Quédense aquí —ordenó, empujando de nuevo a Buster que simulaba bastante bien el lógico abatimiento que debía sentir por encontrarse prisionero otra vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Buster en voz baja.

—Mire esos vehículos que han estado tirando de esas cadenas. Ahora están parados, pero creo que al otro lado del montículo de cieno seco tienen a su disposición…

No siguió diciendo en voz alta sus sospechas.

Aceleraron el paso y se detuvieron a unos cincuenta metros de la estructura metálica manchada de cieno que aún brillaba y que bajo la luz del sol se iba apagando.

—La nave larahita —musitó Buster.

—Creo que hemos llegado a tiempo. Por eso no hemos visto naves sobrevolar el bosque —gruñó Ulang—. El general ha dedicado todos sus esfuerzos en sacar a la luz el primer navío de Larahi.

Ulang vio enseguida al general, que parecía ejecutar una ridícula danza alrededor de la pequeña nave, tan alegre debía encontrarse.

Los soldados se movían algo nerviosos y los pocos prisioneros que habían intervenido en las maniobras finales de extracción mostraban patéticamente su ignorancia ante lo que ocurría.

Sonó un grito y Ulang se volvió para ver a la comandante que le señalaba con un índice acusador. A continuación todo se paralizó, el general dejó de bailotear y el sargento Bagietto reaccionó bruscamente para ladrar una orden y enviar un pelotón ladera abajo para que rodease a los recién llegados.

Ulang propinó otro empujón al doctor. Casi lo derribó a los pies del general, a quien dijo con voz orgullosa:

—Señor, le traigo al jefe de los colonos.

—Supongo que también traerá explicaciones convincentes —dijo Kurt Onofre.

—Claro que sí. Es obvio que me secuestraron, pero aproveché la primera oportunidad para escapar, y con una buena presa por cierto. Arriesgué mi pellejo para que tuviera a Buster.

—¿Qué le hizo suponer que es importante para mí este hombre?

—Dejé con los fugitivos a los técnicos que puso a trabajar en el crucero. Me imaginé que tendría dificultades para terminar la labor sin la ayuda de alguien que pueda descifrar las claves de la instalación del impulsor sacado de la «Guardiana».

Se acercó Alena Martin.

—Mate a Ulang, señor. Todos hemos pensado que él ayudó a escapar al grupo.

—No diga más bobadas, mujer —rió Ulang sin mirarla—. Stewar me propuso la fuga pero yo desistí. Me despertó aquella noche poniéndome una pistola en la nuca. ¿Qué otra podía hacer? Además, ¿iba a ser tan loco para volver por mi voluntad?

—¿Es qué no pensó que yo podía no creerlo? —sonrió maquiavélico Onofre.

—Lo pensé todo, señor, pero prefiero acabar ahora mismo que quedarme en ese condenado bosque, rodeado de peligros. No me fío de los pasadizos de seguridad que dicen disponer.

—¿Pasillos por los que se puede caminar sin ningún peligro?

—Sí, claro. Dispongo de un mapa. Lo robé antes de largarme. Sin él no hubiera podido huir. De todas formas no fue fácil, teniendo en cuenta que tenía que empujar a este viejo terco.

Onofre asintió levemente y empezó a rascarse la barbilla.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó Ulang señalando la nave que ya se mostraba a sus ojos cubierta por una costra de reseco cieno.

—Lo sabrá a su tiempo —dijo el general—. Tal vez haya dicho la verdad, capitán Ulang. Seguirá disfrutando de una oportunidad. Le felicito por haber traído al doctor Buster. Llévelo usted mismo a mi oficina y espere allí.

Ulang saludó y sonrió aliviado. Pidió permiso para usar un vehículo y al obtenerlo se marchó guiando a su prisionero hasta más allá de la explanada. Antes de subir al coche más próximo se volvió para echar una última mirada a la nave larahita.

—Comete un error, general —masculló la comandante—. Recuerde más tarde que se lo he advertido.

Onofre emitió una sonrisa ladina.

—Déjelo respirar tranquilo, comandante. Más tarde decidiré respecto a él lo más conveniente para nosotros. Pero si nos dice cómo llegar hasta los rebeldes nos habrá hecho un gran favor. No quiero dejar aquí a nadie con vida cuando nos larguemos, dentro de un par de días.

Dejó a Alena con el ceño fruncido y apremió a sus suboficiales para que se reanudase el trabajo.

—Vamos, vamos —dijo de nuevo con la faz risueña—. Quiero que saquemos del maldito Pozo otra nave. Una más.

10

El general Onofre requirió a Buster al atardecer. Hizo que dos soldados lo condujeran al crucero. Jack intentó ir también, pero en la entrada le dijo Bagietto, con una sonrisa de medusa en sus labios, que él no podía subir a la nave militar.

—Sin embargo no ande lejos, capitán —empleó un tono sarcástico para llamarlo por su grado—. Es posible que sea llamado antes de que anochezca.

Jack se alejó del campo, no obstante. Sabiendo que se jugaba mucho entró en los barracones de los prisioneros. Fingió llevar a cabo una inspección por orden expresa del general. Así lo dijo a los guardianes y se preguntó cuánto tiempo iba a durar su farsa. Lo sorprendente era que aún conservaba su arma.

En realidad había esperado que le fuera quitada apenas se hubiera presentado, aún en el caso de no haber acabado en una celda o con un disparo en la cabeza. Precisamente llevaba oculta otra, que poco antes había dejado bien escondida.

Encontró al hombre que buscada.

El prisionero acababa de regresar del Pozo y descansaba sentado a la entrada de un barracón. Jack vio que al otro lado de las ventanas era escrutado por ojos hostiles.

—Hola —dijo—. Te buscaba, Rich.

El llamado Rich hizo un gesto con la cabeza dándole a entender que le escuchaba. No lo miró cuando replicó:

—Habla, Jack. Nos vigilan.

—¿Tus compañeros? —preguntó Ulang moviendo levemente un dedo para apuntar a los curiosos apostados al otro lado de la ventana.

—Ellos están deseando despedazarte —sonrió Rich—. ¿Estáis todos a salvo? No esperaba verte de nuevo por aquí. ¿Qué ocurre?

Jack se lo explicó brevemente, añadiendo:

—Será esta noche.

—¿Estás loco? No tendré tiempo de avisar a todos. Necesitaré tiempo para convencerlos de que no te maten con sus manos cuando te vean. ¿Me has entendido? He dicho con las manos, porque no tenemos armas, ni un cuchillo.

—Los habrá. A medianoche acudirá el vehículo que robamos con bastantes, las suficientes para armar a un centenar. ¿Tienes elegidos a los hombres?

—Ya te dije que sí ante de que te largaras. Casi todos estarán en el perímetro. Pero sigo opinando que no podrá salir bien.

—Tenemos que dejar al general sin mano de obra.

—Ya tiene fuera una extraña nave. ¿Era eso lo que buscaba en el Pozo?

—Sí.

—Intentó sacar otra, pero se derrumbó una parte del Pozo, murieron cinco colonos y ahora están levantando un muro de contención. No lo podrán conseguir hasta mañana. Se marchó muy furioso al crucero cuando lo supo.

—Recuerda que debéis concentraros a cien metros de la tercera torre de vigilancia. Yo me encargaré del resto. Toma.

Jack sacó su pistola de la funda y la tiró a Rich, quien la tomó rápidamente y la ocultó entre sus sucias ropas.

Se despidieron y Ulang se alejó del barracón. Cuando estuvo lejos se volvió y vio que Rich se levantaba y entraba despacio en el interior. Seguro que allí lo aguardaban muchas preguntas por parte de sus compañeros.

Fuera del campo de prisioneros paró un deslizador que iba al Pozo y pidió al soldado que lo conducía que le llevara allí.

Éste obedeció.

Sabía que contradecía la orden del general que había escuchado de labios de Bagietto, pero era preciso que antes de una hora echase un vistazo a la nave de Larahi.

Al ir a cruzar la salida del deslizador, su conductor tuvo que frenar en seco al ver que el camino estaba obstruido por una barrera. Varios soldados les salieron al encuentro con sus armas en prevención. De las sombras surgió Bagietto.

Ulang palideció un poco y sostuvo la mirada del sargento, insolente y burlona.

—Ah, capitán. Me sorprende verlo aquí. ¿Ha olvidado lo que le dije hace un rato?

Jack no respondió.

—Nadie puede salir de aquí. Órdenes del general.

—Íbamos al Pozo —dijo el conductor—. Llevo la comida para los guardias.

—Intendencia funciona muy mal —dijo Bagietto—. En estos momentos vienen hacia aquí todos los guardias y la brigada de trabajadores del turno de noche.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ulang queriendo aparentar indiferencia.

—Se ha hundido una buena parte del Pozo —la sonrisa del sargento desapareció súbitamente—. El muro que se construía no ha podido aguantar una avalancha de tierra.

Señaló lejos de la verja.

Por el camino que conducía al Pozo avanzaban varias luces, una caravana de vehículos en dirección a la Zona Emedos.

—Creo que devolveré el rancho a la cocina —suspiró el conductor.

—Sí, hazlo —asintió el sargento—. Usted, capitán baje.

Jack lo hizo y vio alejarse el deslizador. Luego escrutó el rostro del sargento. Intentó averiguar lo que pensaba.

Bagietto dijo:

—Lo estuve buscando, señor. Calculé que lo encontraría en la salida principal.

—¿Para qué me buscaba, sargento?

—El general quiere verle lo antes posible. Si nos demoramos mucho más se pondrá todavía de peor humor, lo cual no será bueno para usted.

Ulang comprendió que su juego estaba llegando al fin. Apenas había podido desarrollar sus planes escudándose en el engaño casi pueril que había utilizado para regresar. Ahora sólo podía confiar en que los demás no tuvieran tan mala suerte como él.

—En el primer vehículo llega la nave —dijo el sargento—. Será suficiente con una.

Y se quedó mirando a Ulang, esperando de éste alguna pregunta. Jack no le complació y permaneció callado. Al final, el sargento soltó una imprecación, ladró una orden y un soldado salió

corriendo, regresando con un pequeño vehículo. Bagietto señaló los asientos traseros y dijo al capitán:

—Entre, señor. Le llevaré ante el general; pero antes debe entregarme su pistola.

Con una leve sonrisa flotándole en los labios, Ulang se limitó a abrir su pistolera, mostrándosela vacía al sargento.

—La traía, lo sé. Le vi con ella apuntando a Buster.

—Lo siento, soy muy descuidado y la he perdido. Vio que Bagietto enrojecía y supo que el suboficial, de buena gana, le hubiera matado allí mismo. Tuvo que contentarse con gritarle de mala manera que subiera de una vez en el vehículo. Luego él lo hizo a su vez, y durante todo el viaje hasta el crucero lo estuvo apuntando con su láser.

Alrededor de la nave de guerra había más centinelas que de costumbre. Al principio este detalle alarmó un poco a Ulang, pero enseguida se alegró de aquel despliegue de fuerzas porque significaba que no habría tanta vigilancia en el campamento.

Cuando subía la rampa, siempre con Bagietto muy cerca y sin dejar de apuntarle con la pistola, Jack se volvió y observó que la caravana entraba en las instalaciones y se detenía a mitad de distancia entre los alojamientos de los prisioneros y el pequeño astropuerto. También miró el transporte «Guardiana», y se preguntó si algún día volvería a viajar por el espacio. Lo creía difícil después de haberle sido arrebatado de sus entrañas las partes más vitales de su fuerza.

Alena Martin les salió al encuentro apenas entraron en el primer pasillo. Llegaba enfurecida, se plantó ante Ulang y le escupió, diciéndole a continuación con voz enronquecida:

—¿Qué burla es ésta?

Ulang enarcó una ceja.

—No entiendo.

Era sincero. No comprendía a la mujer.

—¡Ese doctor Buster desconoce los códigos!

—¿Está segura? —preguntó Jack preocupado. Lo estaba porque temía por la suerte de Buster. Si ya lo habían averiguado significaba que el general había ordenado emplear unos métodos muy drásticos para saberlo.

Ella chasqueó los dedos y dos soldados se pusieron detrás de

Jack. Bagietto dejó de apuntarlo, pero no enfundó su arma.

—Llévenlo ante el general —bramó la mujer echándose a un lado para que pasaran Jack y los soldados. Luego se puso detrás y caminó jadeante.

Condujeron a Jack al puente de mando. Allí encontró al general, desabrochado su uniforme y despeinado. Su euforia anterior, debida a la posesión de la nave de Larahi, parecía haberse esfumado. Con él estaban otros hombres, técnicos y navegantes, con gestos cenicientos.

A Jack le inquietó ver a un tipo grande con manchas de sangre en su guerrera. Tenía todo el aspecto de ser un brutal matarife.

—¡Explíquele todo a ese bastardo, Martin! —gritó apenas vio entrar a Ulang.

—Ya le he contado que Buster desconocía los códigos de navegación del impulsor de la «Guardiana», general —dijo la mujer.

—¿También le ha dicho que Buster sólo era el capitán accidental del maldito carguero que los trajo a Walkar? Oh, no se moleste. Este perro mil veces traidor debe saberlo. Lo sabía cuándo lo trajo aquí, valiéndose de él para intentar engañarnos de nuevo. ¡Estoy rodeado de traidores!

—Ya no está rodeado de traidores, señor —dijo Alena—. Esos perros están identificados.

El sargento carraspeó y dijo:

—General, la nave de Larahi está en la base.

—Es la única buena noticia que recibo desde hace un montón de horas —dijo Onofre—. Seguro que el derrumbe del Pozo ha sido un sabotaje. ¡Mandaré que maten a todos los colonos que trabajaban cuando se produjo! El muro no era fuerte.

Alena soltó una risa aguda. Jack la miró y pensó que la comandante debía estar drogada o no se hubiera atrevido a reírse delante de Kurt.

—¿Dónde está el doctor Buster? —preguntó Jack.

El mismo general dio la vuelta a un sillón giratorio. En él estaba sentado Buster o lo que quedaba de él.

Amarrado sólidamente con cables, el capitán de la «Guardiana» era irreconocible a los ojos de Jack. Del asiento seguían cayendo gotas de sangre. En el suelo había una gran mancha roja que hasta entonces Jack no había visto.

Los dos soldados que le vigilaban parecían haber adivinado su intención y le agarraron los brazos cuando intentó abalanzarse contra el general.

—Ahora le toca a usted, capitán de mierda —le amenazó el general, marcándole el pecho con un dedo acusador—. Si no conoce los códigos del impulsor será su fin.

—¿Qué le ha hecho a ese viejo? —rugió Jack.

Indiferente, Kurt señaló al hombretón manchado de sangre.

—Es cosa de mi detector de mentiras. Confío más en estos procedimientos que en la química o la electrónica. El dolor es más eficaz para hacer hablar a los reticentes.

El hombretón rugió una risa entre sus dientes enormes y sucios y miró a Jack como su próxima víctima. Al fondo había sobre una mesa un montón de aparatos de tortura, varios con huellas rojas de Buster.

El general soltó una risotada nerviosa. Al parecer su cosa, como llamaba al verdugo, le producía hilaridad pese a las circunstancias.

—¿Quiere evitarse un mal rato? —interrogó a Jack.

—¿Qué podría ganar si hablara?

—Oh, morir plácidamente. Se evitaría una agonía prolongada. Usted es joven todavía y resistiría mucho; el pobre viejo ése apenas aguantó las caricias.

11

—Necesito tiempo para pensarlo —dijo Jack.

—Es gracioso —se mofó Bagietto—. Para elegir entre dos alternativas, que de todas formas lo conducirán al mismo fin, no es preciso ningún tiempo.

—Eso es —corroboró Alena—. Díganos si conoce los códigos o lo entregamos a Joe.

Entonces supo Jack que el tipo con cara de imbécil y sádico se llamaba Joe. Le miró una vez más, de soslayo, y se preguntó qué estaría dispuesto a dar a cambio de poder aplastarle la cara de animal con la que difícilmente podía esbozar una risa.

—Está bien. Les diré lo que desean, pero…

—¿Condiciones? —Exclamó el general—. Ya no hay condiciones para usted. Perdió su oportunidad cuando ayudó a escapar a Stewar. Pudo haberlo tenido todo sirviéndonos fielmente.

—Todavía tengo algo que darles además de los códigos.

—¿De veras? —inquirió desconfiada la mujer.

—Espera. Es posible que diga la verdad —dijo Kurt frunciendo el ceño—. Ha debido venir para algo. Skoffel y Stewar deben tener algún plan.

—Así es. Se lo diré si me prometen llevarme con ustedes cuando se marchen. Sólo les pido que me dejen en algún planeta.

—¿Se fiaría de nuestra palabra? —preguntó el general.

Jack se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Tiene razón. Está bien. Si lo que nos cuenta es creíble le juro por mis antepasados y mi honor que le perdonaré la vida y lo dejaré vivo en un planeta.

Kurt levantó la mano e hizo el gesto de juramento de los soldados de
EEA

. Jack escuchó a sus espaldas una risa. Bagietto se reía de él.

—Confió en usted, general —dijo tras un quedo rezongar—, Skoffel provocó el derrumbe de esta tarde en el Pozo. Yo tenía previsto reunirme con él y escapar después a la selva. Intenté llevarme al doctor, pero no lo conseguí porque usted lo retenía en el crucero.

—Esto es ilógico —gruñó la mujer—. ¿Para qué vino usted entonces?

—Tenía que colocar una carga cerca del crucero. De hecho lo hice y estallará dentro de poco.

La sonrisa velada del general quedó truncada. Mientras éste consultaba con la mirada a la mujer, Jack apretó los dientes y se dijo que todavía cabía una posibilidad, aunque pequeña, de salir adelante. Sus mentiras urdidas urgentemente parecían cobrar realismo por momentos.

—¿Quería destrozarnos el crucero? —silabeó el general.

—Así es. Skoffel y Stewar están seguros de que ustedes no dejarán a ningún prisionero con vida cuando se marchen con las naves de Larahi. Por eso se arriesgó esta tarde a dar el golpe de mano.

—¿Cómo hizo que se derrumbara parte del Pozo?

—Por medio de un túnel que comenzaron los hombres de Skoffel hace semanas. Después de la explosión del crucero tienen proyectado, para dentro de dos días, sacar a cuantos prisioneros puedan del Recinto.

Kurt había palidecido. Por su expresión podía deducirse que creía en las palabras de Jack. El más convencido de todos debía ser Joe el verdugo, que empezó a mirar a Jack con pena, como pensando que había perdido a su víctima.

—¿Dónde está la carga y cuándo estallará?

—Dentro de diez minutos.

Kurt gesticuló nervioso, mientras decía dirigiéndose al sargento:

—Llévelo al exterior y que le diga dónde la colocó, que la desconecte de inmediato.

El sargento tartamudeó primero unas palabras incoherentes antes de atreverse a opinar:

—Señor, creo que miente. Ulang no ha podido acercarse al crucero. Está demasiado bien custodiado.

—De todas formas que le diga en qué parte ha depositado el explosivo. Si miente…

—Si miente, general, será un indicio de que también ha mentido respecto a que conoce los códigos. Sólo está tratando de vivir un poco más.

—Entonces tráigalo de nuevo aquí y que Joe se encargue de él.

—He dicho la verdad —protestó Jack—. Si quiere, les puedo revelar ahora mismo…

—¡No! —Aulló el general—. Yo iré también. —El sudor empezó a perlar su frente—. No perdamos más tiempo.

La mujer lo miró con cierto desprecio.

—En cambio yo me quedo —dijo con altanería—. No creo una sola palabra de lo que ha dicho. Bagietto tiene razón. Sólo hemos escuchado una sarta de embustes.

El general volvió a titubear. Veía en Alena un rival. En sus hombres descubrió atisbos de aversión hacia él, hacia su actitud cada vez más miedosa. Recompuso su figura, se abrochó la guerrera y dijo secamente:

—Vamos fuera —ordenó al verdugo—: Ten dispuestos tus instrumentos. Es posible que los uses pronto.

—Sí, jefe —dijo el hombretón sacudiendo la cabeza con súbita alegría.

Para Jack lo importante era que la noche avanzaba y pronto iba a llegar el momento en que los prisioneros saliesen de sus barracas y corrieran hacia la empalizada. Podía apostar lo que fuera a que los demás desde el exterior serían puntuales. Ahora él dependía de sus propias fuerzas para acudir a la cita, aunque su intervención no resultase vital para obtener un mediano éxito en el plan.

En el exterior, el aire era más frío que cuando Jack entró en el crucero y se estaba levantando un poco de niebla, tal como pronosticara Skoffel el día anterior. La meteorología se aliaba con ellos, por suerte.

Jack iba el primero del grupo, seguido de los dos soldados, el general, Bagietto y tres hombres más de la guardia externa a quienes Kurt les había ordenado que les acompañasen.

Anduvieron por debajo del crucero, pisando los charcos sucios que salpicaban allí todo el terreno.

Jack se detuvo junto a una de las patas metálicas sustentadoras

y pidió una linterna. Un soldado se la entregó después de obtener la conformidad del general.

—Cuidado con lo que haces —le advirtió el sargento apuntándole con su pistola láser después de retirarse un par de pasos.

Jack sonrió un poco. Estaba rodeado. Despacio empezó a hurgar en la pata de acero, buscando con la linterna.

—Tal vez pretenda que explote estando nosotros cerca —bromeó el sargento.

Su incipiente risa quedó abortada por la mirada gélida de su superior.

—No, no. Ya la tengo. La sacaré para desconectarla —dijo Jack.

Apartó su brazo de una hendidura de la pata y mostró a todos un bulto de apariencia metálica que casi ocultaba con sus dos manos.

—¿Qué espera para anularla? —preguntó el general retrocediendo.

También Bagietto parecía tener dificultades para tragar saliva. Sus ojos de pulpo estaban fijos en lo que escasamente se atisbaba entre los dedos de Jack.

—Sí, es el momento de anular el peligro…: ¡Vosotros!

De sus manos surgió una paloma negra brillante que él amartilló con presteza. El truco de prestidigitación terminó cuando su dedo apretó el gatillo y de la boca del pequeño láser que había estado oculto y todos creyeron una bomba, brotó una lengua de fuego que trazó una línea roja en el entrecejo del sargento.

—Vosotros sois el peligro. ¡Cerdos! —bramó Jack saltando a un lado.

Apuntó contra los dos soldados.

Disparó.

Un par de trazos de luz mortal se abatieron sobre ellos. Acabaron en un charco. Ni siquiera chapotearon sus piernas.

Murieron fulminados, con el corazón perforado.

Se revolvió contra los demás.

El general gimió y trató de correr, pero tropezó, resbaló sobre algo líquido que sólo era oscuro y no le pareció sangre, aunque era esto lo que fluía de las heridas de los muertos.

Los demás sicarios de Kurt reaccionaron y se echaron a la cara

los rifles.

Jack quiso acabar con el general. Consiguió dispararle una vez y lo hizo tan torpemente que erró. Se ocultó detrás de la pata de metal. Sobre ella se estrellaron las descargas de los soldados. El hierro se calentó.

Para poder disparar, los soldados habían arrojado las lámparas y la escasa luz permitió a Jack saltar de su parapeto y correr, agachado, en dirección a las casetas próximas. Las suponía sin habitar. Las viviendas de la tropa estaban en el lado opuesto.

A lo lejos escuchó la voz trémula del general gritar pidiendo ayuda, que acudiesen todos para darle caza a él.

Jack descubrió cerca un pequeño deslizador y su corazón vibró de alegría. Lo abordó cuando se produjo un alboroto en las proximidades del campo de prisioneros.

Era exactamente la medianoche.

12

Dentro del crucero, Alena Martin no se enteró de los disparos, pero supo lo que ocurría cuando un centinela se lo dijo a través del comunicador. Aunque todavía desconocía con certeza lo ocurrido, presumió lo peor y dispuso que la siguiera el retén de la nave.

Apenas descendió la rampa y cruzó entre varios soldados que se movían nerviosos y sin saber si correr hacia la base sustentadora donde habían estallado los láseres.

Vio surgir una sombra entre las sombras que proyectaba la mole del crucero. Se configuró como la nerviosa figura del general. Llegaba corriendo y cargado de miedo, con el rostro transfigurado por el terror.

Un soldado empezó a advertirla:

—Es…

Pero ella no le dejó terminar y disparó su arma.

La silueta se detuvo como si hubiera chocado contra un muro.

—… el general —acabó de musitar el soldado.

—Tu vista es peligrosamente aguda —le recriminó Alena—. Yo en cambio vi al capitán traidor.

Y le miró amenazadora.

El soldado deglutió y asintió.

—También yo me confundí, comandante.

—Vamos a ver si podemos hacer algo por él. Debió gritarnos quien era, no comportarse como un cretino, corriendo como si fuera el maldito capitán Ulang.

Se aproximaron a la sombra abatida.

Alena esbozó una sonrisa sabiendo que nadie la miraba. El general tenía toda la guerrera manchada de sangre y fango. La sangre no era suya, porque la mujer le había disparado contra la cabeza y en la frente tenía la huella de un agujero grande, que le había plantado sobre la nariz un tercer ojo.

Llegaron hasta las proximidades de la pata donde poco antes brillaran los estampidos. Allí estaban los demás soldados, husmeantes. No se atrevían a alejarse y se excusaron alegando:

—Ha huido, señora. No sabemos hacia dónde.

—Tal vez corrió hacia los barracones vacíos —añadió uno, que enseguida se ganó la mirada recriminadora de los demás.

Todos habían podido ver la extraordinaria puntería del llamado Jack Ulang y los más sensatos temían ponerse delante de su punto de mira.

—Llamad a todos… ¡Que rodeen ese lugar!

En aquel momento frenó un deslizador a poca distancia y Saltó de él un hombre que corrió hacia la comandante. Terminó su frenética carrera jadeante y consiguió articular:

—Los prisioneros escapan.

—¿Qué dices, cretino? —escupió la mujer.

Su alegría por haberse librado del general se había disipado. Sólo lamentaba un poco la muerte de Bagietto, el sargento de poco cerebro y, por lo tanto, adecuado para servirla. Que Ulang estuviera libre no la inquietaba mucho. Podía atraparlo enseguida. Jamás había creído la existencia de la bomba ni que Jack conociera los códigos.

Pero tenía que admitir que se enfrentaba a un hombre más peligroso de lo que inicialmente había supuesto. Tenía que serlo para haberse escapado después de matar a tres hombres y asustado de tal manera al general.

Sin embargo la última noticia era abrumadora, y comprendió que la actitud de Ulang tenía una estrecha relación con lo que estaba ocurriendo en el campamento de los prisioneros.

El sordo ruido de un altercado procedente del Recinto la dejó absorta un instante, pensando.

Dictó órdenes y reclamó la presencia de cuántos vehículos disponibles hubiera cerca. De las barracas de la tropa empezaron a salir los soldados que los suboficiales se aprestaron a formar y a embarcar en los camiones.

Dejó una fuerte guardia para vigilar el crucero y la nave larahita. Entonces la mujer embarcó en el primer vehículo, agarró un pesado fusil láser y gritó:

—¡Adelante!

13

Jack consiguió que su deslizador, con escasa energía de reserva, volase unos metros por encima de la torre de vigilancia más próxima al lugar de la valla por donde una riada de prisioneros huía al exterior.

Sobre la torre, dos soldados emplazaban un cañón de pequeño calibre y lo orientaban hacia abajo, mientras varios focos alumbraban el denso blanco compuesto por gimientes criaturas humanas que pese a su debilidad corrían hacia la ansiada libertad.

Jack les disparó.

Un soldado saltó sobre el parapeto y cayó entre la niebla fragmentado en dos.

El otro soldado intentó alzar el cañón de su pesada arma, pero no coordinó sus movimientos y Jack pudo despacharlo como al anterior, con sencillez.

El deslizador tosió y perdió altura. Jack lanzó imprecaciones. Todavía quedaba otra torre, aunque más alejada, que hostigaba a los fugitivos. Caían muchos y le repugnaba la matanza. Desde el exterior empezaron a disparar contra el enemigo.

Antes de acabar en el suelo, Jack creyó ver el vehículo de sus amigos, y también como varios hombres se alejaban de él cargados con armas que empezaban a distribuir entre los seleccionados por Rich para combatir.

Al poco, la otra torre quedó silenciosa y la fuga fue más fluida.

Jack bajó del deslizador y corrió hacia la verja. Saltó sobre muchos cadáveres. Apenas había heridos. Auxilió a una chica. Podía caminar y la acompañó hasta el otro lado de la valla derribada, en donde la entregó al cuidado de otros fugitivos.

Alguien lo golpeó en la espalda. Aunque pretendía ser un toque amistoso casi lo arrojó al polvo. Se volvió. Era Max Zapra, quien le lanzó una risa al rostro y dijo:

—Todo está saliendo bien, compañero.

—No todo —negó Jack con la cabeza—. Buster ha muerto. No pude evitarlo.

A Zapra no le dio tiempo de expresar su pesar. Tuvieron que apartarse para que el resto del grupo de fugitivos acabase de franquear el vallado.

Una multitud se desparramó por el campo y, bajo la luz de las estrellas, aprovechando los momentos en que se levantaba la niebla, corrió en dirección a la seguridad de los lindes de la selva.

Crabbe apareció seguido de Skoffel. Este último se hizo cargo del grupo que hasta entonces mandaba Rich.

—Han quedado algunos en las barracas, los enfermos —se lamentó Rich—. No podíamos cargar con ellos.

—Ha sido un disparate —dijo Jack.

—Quedaron ocultos —protestó Rich—. ¿Me crees tan loco? El enemigo no dará con ellos y pensará que hemos escapado todos.

—Además —rió Zapra—, dentro de poco no quedarán enemigos.

—No te confíes —dijo Ulang mirando hacia el astropuerto—. Intentarán acabar con nosotros. Vienen ya.

Se miraron un instante, indecisos. Algunos volvieron la cabeza hacia la oscuridad que les brindaba la selva cercana.

—Huir todos sería el final. No se salvaría nadie —sentenció Olga.

—Entonces les haremos frente —aseguró Crabbe—. Las empalizadas serán un buen sistema defensivo, espero.

—Es posible —añadió, pensativo, Ulang—. Ellos no esperarán algo semejante. Creerán que nos damos patadas en el culo queriendo perdernos de vista.

Más de cien hombres perfectamente armados se desplegaron por el vacío campamento. Se apostaron bajo las vallas, eligieron cada rincón oscuro para desaparecer de las miradas de sus enemigos, que pronto entrarían por allí.

Jack y un grupo se situaron cerca de las entradas, próximos a la caseta del retén de guardia. Se confundieron con los numerosos soldados muertos y esperaron.

Los vehículos al mando de Alena llegaron rugiendo. Los deslizadores iban demasiado cargados para remontar el vuelo y se posaron pesadamente apenas cruzaron la entrada.

Jack levantó la cabeza del suelo. Esperaba que le siguieran creyendo un muerto durante un poco más.

Sabía que todos esperaban tan solo su señal para atacar.

Cuando la mayoría de los soldados enemigos estuvo fuera de los vehículos, dio el aviso para que empezara el ataque.

La señal fue su disparo.

14

Era una matanza.

Jack sólo la veía a través de un ojo, con el que apuntaba, mientras disparaba, pero llegó a estremecerse ante las bajas que el fuego de sus compañeros y el suyo producía entre los soldados que lo recibieron apenas bajaron de los vehículos.

La muerte siempre estremece, aunque se produzca entre el enemigo, pese a que por ser así debería alegrarnos.

Las muertes de los sorprendidos soldados suponía la liberación para los colonos.

Su supervivencia.

Su victoria.

Entre el fragor del combate perdió momentáneamente su resto de humanidad, se alzó y gritó estentóreamente, mientras apretaba el gatillo y sentía la vibración del láser en sus manos.

De los escondites fueron apareciendo los hasta entonces despreciados colonos esclavizados. Era el momento de su venganza y querían saborearlo viendo las miradas de sus carceleros que se apagaban.

Se inició la retirada.

Olvidando cualquier precaución, los supervivientes sicarios de Alena empezaron a retirarse.

Algunos intentaron subir a los vehículos y escapar en ellos.

De pronto, Jack dejó de disparar y comprendió que un nuevo peligro podía cernirse sobre ellos, algo en lo que no había pensado.

—¡Que ninguno consiga regresar al crucero! ¡Matadlos a todos!

Echó a correr y varios hombres le siguieron. Se dirigió a la salida, ahora taponada por dos camiones y un deslizador. Al otro lado rugían los motores de algunos vehículos.

Saltó sobre el capó de un tractor y desde allí presenció cómo cinco vehículos daban marcha atrás, un deslizador intentaba

remontar el vuelo y caía a continuación a causa de su excesivo peso. Más soldados de la cuenta habían querido escapar en él. Cayó en medio de dos camiones y los tres estallaron en llamas.

El resplandor obligó a Jack a saltar hacia atrás. El calor era intenso y cuando disminuyó y consiguió mirar de nuevo, vio a través de nubes de humo negro que dos vehículos se ponían fuera del alcance de sus disparos.

Llegó corriendo Zapra.

Jack le dijo:

—No podemos detenerlos. Llegarán al crucero y…

—¿Qué puede pasar? ¡Que se vayan! —rió de pronto—. Además, se perderán en el hiperespacio desconociendo los códigos. Tú no los sabías interpretar ni tampoco… —meneó la cabeza—. Pobre doctor Buster. Él tampoco podía interpretarlos.

—No lo entiendes, Max —rugió Jack—. El general o la mujer comprenderán que están perdidos y esto es lo peor que puede conocer un enemigo despiadado que se sabe acorralado. Aunque no pueda huir de este planeta, sabe que es posible situar el crucero en órbita y desde allí arrasar toda la zona Emedos, incluso la selva, mil kilómetros a la redonda. No tendríamos tiempo de alejarnos.

Incluso ante el fulgor de las llamas, Zapra palideció. Llegaron más personas. Jack vio los rostros de Olga, Skoffel, Stewar y… Harding se acercó renqueante y él se preguntó qué hacía allí el viejo. Buscó a Crabbe y se alarmó enseguida al no encontrarlo. Como si hubiera adivinado su ansiedad, Olga dijo:

—Dan Crabbe ha muerto, Jack. Hemos tenido muchas bajas.

—Y habrá más si no encontramos una solución.

Un hombre le entregó unos binoculares que había estado usando. Jack miró y después de escrutar el horizonte oscuro de la noche logró enfocarlos sobre el crucero.

En aquel momento estaba cerrándose la esclusa tras expulsar la rampa. En pocos instantes la nave de guerra, provista del impulsor del carguero «Guardiana», remontaría el vuelo.

Aunque pudieran llegar cerca enseguida, sus armas apenas mellarían el fuselaje de acero, luego la masa bélica ascendería, llegaría a una órbita de bombardeo y desde allí ellos serían un blanco ideal para ejercitarse en el tiro. Un par de misiles atómicos bastarían para arrasar la región.

—¿Qué podemos hacer? —jadeó devolviendo los binoculares a su dueño. No necesitaba ver más.

—Necesitaríamos un crucero parecido —dijo Stewar.

—Tenemos algo mejor —dijo Harding.

Jack lo miró con pena. Desde hacía un tiempo el viejo no razonaba bien. Ahora estaba peor que nunca, se dijo.

—Tenemos la nave de Larahi —añadió Harding.

15

Jack parpadeó. La había olvidado, pero de todas formas, ¿quién podía manejarla? ¿Quién sabía qué armas había a bordo, en el caso de que las hubiera después de tanto tiempo?

—Conozco unos viejos versos que se referían al poder de una nave de Larahi —dijo el viejo con entusiasmo—. También hablaban, aunque en una especie de clave, sobre la forma de ponerla en marcha y sacar partido a su poder.

Ulang consultó con la mirada la opinión de Skoffel y los demás. Todos se encogieron de hombros. ¿Qué podían perder?

En aquel momento el crucero ascendía pesadamente del suelo, desprendiéndose del andamiaje. Pronto estaría en posición de disparar sus misiles.

—Vamos. ¿Cuántos hombres son necesarios para ponerla en funcionamiento? —preguntó mirando a Harding, rogando a los dioses que no chochease prematuramente.

—Sólo caben dos personas —respondió Harding con pesar.

—Usted y yo, en tal caso.

Zapra ya estaba al otro lado de la valla con un deslizador en marcha. La pequeña puerta abierta los invitaba a subir.

16

Una nave de guerra es parecida a otra nave de guerra, había dicho Harding antes de entrar en el vehículo de Larahi; pero una vez dentro, Jack tuvo sus dudas.

La civilización de Larahi apenas había modificado su técnica básica durante siglos, pero su secreto debía estar oculto en algún sitio. La pequeña cabina de mando disponía de dos sillones. Detrás había un camarote para que descansara el piloto. Nada más. El resto parecía estar tras las mamparas y éstas debían formar un solo bloque, ya que no se veía ninguna soldadura o resquicio. Ni una plancha atornillada por pequeña que fuera.

Afortunadamente el panel de mandos, aunque arcaico, era comprensible para Jack. Recordó sus viejos tiempos de ayudante de piloto, antes de ingresar en el Ejército Expedicionario y ascender a capitán.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Harding.

Estaban aislados del exterior. El sistema de aireación, al menos, funcionaba. La nave de Larahi, limpia de su costra de cieno seco, no tenía después de todo un mal aspecto.

—La técnica militar no ha variado mucho durante estos últimos años —sonrió Jack. Por medio de un visor observó que sus compañeros aguardaban el momento del despegue—. Lo he dispuesto todo para partir. Sólo tengo que apretar aquí y… Bueno, ahora saldremos de dudas.

Oprimió el botón.

La nave ascendió lentamente durante los primeros diez segundos. Luego adquirió una velocidad increíble y se situó en menos de un minuto en la misma órbita que empleaba el crucero.

Jack sintió la fuerza extraña de los antiguos larahitas y se preguntó por qué aquellos hombres casi misteriosos no llegaron a apoderarse de la galaxia entera, ser sus dueños absolutos. Fue un

pueblo extraño. Quizá tuvieron ambiciones, pero lo que se conocía de ellos inducía a pensar que pronto las abandonaron y sólo aspiraron a sobrevivir, llegando a tal extremo de degradación que incluso no dudaron en servir a otros amos con tal de no ser exterminados. Sólo guardaron celosamente el secreto de sus naves de combate.

Quizá mucho antes de su forzada alianza con la Superioridad tuvieron enormes navíos de guerra. Tal vez los abandonaron un día y se limitaron a los pequeños cazas. ¿Por qué?

Se olvidó de la presencia de Harding, sentado en el otro sillón gemelo, igual al suyo. Ahora sólo pensaba en que ocupaba el puesto de un desaparecido larahita y tenía entre sus manos la fuerza de éste, su gran sabiduría y poder.

Delante de él se encendieron diversos segmentos frontales. Apareció el crucero. Divisó una parte de su fuselaje abierto, los agujeros por donde saldrían los misiles.

Ahora debía encontrar la manera de disparar las armas ofensivas de la nave larahita.

¿Cómo podía hacerlo?

De soslayo vio al anciano. Harding parecía dormitar. ¿Cómo podía hacerlo en tales circunstancias? Se encogió de hombros. Le daba igual. Él se encargaría de todo.

—General Onofre, voy a por ti —rió entre dientes.

Enseguida se sintió en ridículo. ¿Cómo iba a oírle aquel tipo? Se sobresaltó cuando oyó voces profundas y lejanas, a la mujer llamada Alena Martin prevenir a sus artilleros para disparar. ¿Qué era aquello?

Intentó darse una respuesta a sí mismo. Quizá la nave le escuchaba y satisfacía sus deseos. No era la voz del general. Onofre no mandaba en el crucero. Debió quedar en Emedos muerto. Tal vez ocurrió durante la refriega.

—¡Dioses! ¿Cómo puedo acabar con esos malditos? —aulló.

De pronto percibió en el espacio cinco trazos de luz de vivísima blancura. Como cinco dedos que trazaran cinco líneas paralelas delante de él, que se dirigieron raudas contra el crucero, chocaron en su proa y toda la gran nave de guerra de la Superioridad quedó envuelta en un nimbo dorado. Cuando perdió su fuerza no quedaba nada del enemigo, de su ingenio de muerte.

Jack jadeó. Escuchó a su lado un gemido. El doctor no estaba dormido y lo había visto. Se alegró de ello. Al menos tendría un testigo que corroborase el relato que haría cuando descendiera de nuevo en Walkar.

Mientras disponía en los mandos que la nave de Larahi iniciara el regreso se preguntó si era necesario realizar la operación. Quizás algo oculto dentro de ella captase sus pensamientos y los cumpliese sin necesidad previa de manipulación en el tablero.

Suavemente dieron la vuelta y empezaron a bajar, a una velocidad desesperantemente inferior. Disponían de varios minutos para cambiar impresiones. Jack cerró un momento los ojos y cuando los abrió miró a su compañero.

—¿Es posible que haya sido tan fácil?

—Lo ha sido, muchacho —asintió el viejo.

—Es increíble…

—Alégrate. Ya no podrán advertir a nadie de lo que Walkar oculta. Con un poco de suerte ni siquiera en la Tierra se acordarán de nosotros. Nos dejarán vivir en paz para siempre. Somos bastantes para desarrollar la colonia.

Era verdad, Jack asintió. Onofre nunca había dicho a nadie donde había ido a esconderse con su crucero. Al fin y al cabo era un prófugo. La Superioridad no enviaría a nadie a Walkar a detenerle.

—Y tenemos, además, esta nave, doctor Harding —dijo Jack acariciando el panel. Pensó que había sido su imaginación, pero por un momento creyó haber notado cierta sensación de calor en sus dedos, como una respuesta amable por parte del navío.

—¿Una? —Rió nerviosamente el anciano—. Varias, todas las que con paciencia logremos sacar del Pozo.

Jack se pasó la mano por la frente. Miró su entorno con temor y esperanza al mismo tiempo.

Con una flota de naves como aquélla podían considerarse a salvo de cualquier incursión, fuera de otro loco como el general Onofre o de una banda de piratas.

Quien quisiera saquear o volver a esclavizar a Walkar iba a encontrarse con una sorpresa muy desagradable.

Miró la superficie del planeta reflejada en una pantalla. La tierra subía hacia ellos y las luces del astropuerto. Enseguida consiguió ver la multitud que les aguardaba. Seguramente ya sabían que

habían tenido éxito en su misión al ver el fogonazo que precedió a la destrucción del crucero.

Pensó en los muertos en el combate y en cuantos murieron a causa de los malos tratos y el hambre, en las mujeres vejadas y en los hombres humillados. Todos iban a necesitar de todos para salir adelante.

Apretó los dientes y se dijo que en Walkar podía surgir una nación fuerte e indomable.

FIN